Mariana de Río Viejo

Daniel Sans □□□□

Capítulo 1

Parte IV

Cinco niños muertos en Río Negro

La peor parte de tener un trastorno mental

es que la gente actúa como si no lo tuvieras.

Guasón (Phillips & Silver. 2019)

Advertencia:

Lo que continúa proviene de hechos que fueron ficcionalizados con fines narrativos. Salvo las muertes, de las que doy testimonio, los personajes restantes son recreación literaria.

Capítulo 32

Vergüenza.

Escuché al perro aullar en el patio.

—¡Ema! —grité—, ¡no le pegues al Bonzo!

Entró Ema con un tubo plástico gris en una mano, los restos de un pan con manteca y dulce de leche en la otra.

—No le pego —contestó. Tenía trazas marrones alrededor de la boca—, le estoy poniendo una tubería —. Tomó la manta que estaba sobre el sillón, dejó el tubo, se limpió las manos y la cara—, no le pego al Bonzo.

Mi hija tenía 3 años, iba a preguntarle en qué dibujito vio lo de la tubería cuando vi en la televisión que cargaban bolsas negras en una camioneta de la morgue. El zócalo decía, negro sobre rojo:

HORROR EN RÍO NEGRO. Una mujer asesinó a cinco pequeños hijos mientras dormían.

Busqué la noticia en internet:

Martes 4 de noviembre de 2003. Las víctimas tenían entre dos meses y ocho años. La homicida fue hallada en la vivienda junto a los cinco cuerpos. Otra hermanita, de 9 años, logró escapar y pedir auxilio.

No tenía más información, no pude parar de escribir, hasta concluirla, la nota que envié al diario Río Negro:

LA TRÁGICA SALUD MENTAL EN RÍO NEGRO

Por Macedonio López

Miércoles 5 de noviembre de 2003

Una vez más la crueldad. Otra vez las víctimas son los más débiles, los pobres y desamparados. Y también quien victimiza es débil, pobre, desamparada y enferma.

Siento dolor y vergüenza porque la crueldad siempre implica un dispositivo sociocultural. Bronca, porque de nuestra provincia y hasta hace poco, si había algo elogiado era la forma en que aquí, se decía, tratábamos a las "personas que padecen sufrimiento mental", eufemismo con que a algunos funcionarios se les ocurrió borrar la complejidad de los procesos de salud-enfermedad.

Cansancio y frustración: tantos años intentando debatir sobre la salud mental en una provincia en donde la espectacular concentración de poder del partido en el gobierno les permite hacer casi cualquier cosa.

Temor e indignación: ¿cuántas muertes más harán falta para entender que se procede erróneamente y que ese error cuesta vidas y cruel sufrimiento?

Y otra vez vergüenza, dolor, tristeza, temor y bronca porque la connivencia con esta tragedia, el guiño cómplice o la indiferencia de esta sociedad, tan herida y disgregada, continúan haciéndole fácil la tarea a los que mandan.

"¿Qué espanto deberá narrar el próximo cable para paralizarnos por lo que sucede hoy?", preguntaba en una nota publicada en este diario en noviembre del 2000. Por aquel entonces, el decreto ley N.º 2 del 2000, que paradójicamente elogiaba en su considerando la ley de "desmanicomialización", en su artículo principal decretaba y facultaba al juez para disponer "medidas policiales y de seguridad" para que las "personas con sufrimiento mental no se dañen a sí mismas o a terceros". Tan progresistas somos en Río Negro que a las "personas que padecen sufrimiento mental" se las encarcela, violando el Código Penal de la Nación (artículo 34 inciso 1), normas constitucionales y de Derecho Internacional que hacen de esas personas inimputables de estos actos.

Nada de esto sirvió para Javier Gómez que a los 19 años dio muerte a su hermanita, su madre y su abuelo. Luego de ser declarado inimputable por padecer una enfermedad mental, que no le permitía tener conciencia de la criminalidad del acto ni dirigir sus acciones, se suicidó. Tampoco se enteró de los beneficios de vivir en Río Negro y "padecer sufrimiento mental" Laura Nahuelpán que mató a sus dos hijas. No sirvió esta ley ni su inepto e inconstitucional decreto para evitar que muriera recientemente un hombre en Roca al recibir "medidas de seguridad" por parte de dos policías que terminaron gravemente heridos. La lista es larga, pues debiera incluir a todos los que murieron en la calle sin dañar a otros, que

silenciosamente pagaron el precio de ser personas con sufrimiento mental.

Es que la tragedia tiene un fondo casi invisible. La tragedia del tratamiento de la salud mental en Río Negro es consecuencia de haber tenido el triste privilegio de desmantelar y privatizar el estado en tiempos en que nuestros peores gobernantes nacionales solo lo soñaban. En Río Negro el eslogan fue "Soñar y hacer" y, desde los 90 se fue desmantelando la pobre infraestructura hospitalaria existente; se precarizó el trabajo en Salud mental; se incumplió con lo normado en el artículo 12 de la ley de desmanicomialización que preveía la construcción de “pequeños espacios para la internación” y, además, se cosecharon aplausos nacionales e internacionales por todo eso. Brillante, si no fuera cruel y, repito, trágico. Trágico para las familias de los que padecen y para los que padecen directamente, trágico para los que desde las instituciones públicas no solo no tienen los medios pertinentes sino además el sufrimiento cruel con el que deben trabajar está legalizado, es legal que así se sufra hasta el esperado final de muerte anunciada.

Comencé esta nota tratando de nombrar sentimientos que sé por estas horas nos mortifican frente a lo sucedido en Río Viejo. No basta sentir todo esto, no le sirve a ninguno de los que murieron y menos a los que en medio de sus trágicas encerronas vivirán con el dolor de lo sucedido. Propongo entonces hacer algo que sirva: romper la connivencia con la que se nos somete, afirmar que es posible vivir de otra manera; no relegar a las víctimas al olvido; denunciar local, provincial y nacionalmente lo que pasa en Río Negro y no detener nuestra acción hasta lograr los cambios requeridos desde hace tiempo.

Y no vuelvan los desmanicomialistas a acusarnos de querer manicomios. No, no queremos manicomios, ni tampoco queremos más estas tragedias. Hay modos efectivos de prevenirlas que superan ampliamente la actual utilización de la cárcel o la tumba.

Al día siguiente de publicada la nota, la abogada de Mariana me convocó para que fuera perito psicólogo de parte de la defensa.

Capítulo 33

Marianela

Dieciséis años después de la tragedia le leí a Marianela, la hija mayor de la madre que había matado a sus hijos, estos primeros capítulos. Marianela vivía con sus abuelos maternos a pocas cuadras del hogar donde su madre, una madrugada de 2003, acomodó sobre la cama matrimonial los cuerpos de los cinco niños y los tapó con una manta. Fue la segunda en ver la tragedia. La primera fue su medio hermana Camila, de 9 años, que huyó de la casa y le dijo:

—¡Mamá le hizo algo a los chicos!

Marianela Gineme, hija de Mariana y una primera pareja, lleva el apellido de su madre. Sus medio hermanos llevaban el apellido del padre, Gavino.

Marianela conservaba la robustez y firmeza de formas de los 15 años, gruesa pero no pesada, de movimientos rápidos, lo que a los 31 le daba aspecto de adolescente tardía. De tez muy blanca, a menudo se ponía colorada. Como en algunas personas que usan anteojos grandes, los pocos momentos en que se los sacaba provocaba pudor ante la desnudez del rostro.

El domingo 19 de mayo de 2019, cuatro días después de que le leyera estos capítulos, me escribió:

"Durante 16 años guardé silencio, un silencio de vergüenza, un silencio de dolor, un silencio de incertidumbre, de desconcierto, de desolación. Guardé silencio engañada, creyendo que era lo mejor, puesto que lo que habíamos vívido mi familia y yo era desconocido, era algo de lo que jamás hablamos. "La locura", algo lejano, hasta que llegó y nos tocó. Después de ese día comenzamos a transitar por el camino de nuestra reconstrucción, cada uno de los integrantes de mi familia y yo nos rompimos, nos rompieron, quedamos en pedazos; no sabíamos qué hacer, no encontrábamos sosiego, ni ayuda de nadie, no había contención, no había explicación, unidos aprendimos a vivir con eso, a entender que las enfermedades mentales existen y que cualquiera puede padecerlas. Que no es el clásico: "Está loca". Son distintas enfermedades psicológicas y psiquiátricas que al ser desatendidas pueden hacer estragos. Aprendí personalmente que quien sufre de alguna enfermedad psicológica necesita y merece atención, que de acuerdo con el cuadro puede necesitar internación, además de atención psicológica y psiquiátrica, que una persona no se cura estando libre en su casa y abandonada a su suerte.

Nosotros sufrimos el abandono y la falta de empatía por parte de los profesionales y de la gran parte del pueblo. Nadie entendía por lo que estábamos pasando ni aún hoy lo pueden entender, porque no lo entendés hasta que no te pasa y ponerse en el lugar del otro es de pocos.

Para reconstruirnos nos unimos más como familia, nos acompañamos y nos curamos nuestros dolores unos a los otros, pero hoy, luego de 16 años ya no tengo vergüenza, ya no me quiero callar. Sigo teniendo miedo, otros miedos hoy, pero ya no el de la vergüenza. Porque callar no va a salvar ninguna vida, no va a cambiar esa realidad con la que vivo. Hoy necesito que se sepa cuál es la situación de abandono que sufren las personas que padecen enfermedades mentales, cómo se los abandona a su suerte, cómo se los deja matar, cómo se los deja morir. No hay turnos, dicen, vení mañana. Pero para un enfermo mental mañana es tarde.

Cuando empecé a escribir sentí que quería decir muchas cosas, pero desde un lugar de enojo. Luego de unos días vuelvo a escribir y me encuentro con un sentimiento solo de necesidad, necesidad de justicia, de prevención, de que no tengamos que ver otra vez en las noticias una tragedia similar, un abandono de persona, una mala praxis, una ausencia

de empatía total, un prejuicio. ¡Basta! Las enfermedades psiquiátricas se tratan, algunas hasta se deben curar y la persona logra llevar una vida digna como la de cualquier otra. ¡Basta de estigmatizar! ¡basta de callar! ¡basta de miedos! ¡basta de injusticias! ¡basta de abandonos! ¡basta de vidas perdidas!”

Capítulo 34

Una mujer al resplandor.

El sótano de los tribunales tenía una iluminación excesiva y las paredes blancas acentuaban la claridad. Mariana estaba acurrucada sobre la silla, su buzo azul se destacaba en la sala y era el mismo buzo, demasiado grande y ensanchado de cuando fue detenida, excesivo abrigo para la mañana del martes 11 de noviembre de 2003. En la madrugada de aquel día la trasladaron desde la celda de Río Viejo hasta el Cuerpo forense de Roca a 180 kilómetros de su pueblo. En Río, la policía debió estar alerta ante la amenaza de que fuera linchada.

Frente a Mariana, a la izquierda, una cámara sobre su trípode. A su derecha y detrás de un escritorio, una psicóloga, un psiquiatra y dos médicos a los que me sumé como perito de la defensa.

Uno de los médicos forenses, como sugiere el procedimiento, intentaba ganar confianza con la indagada. Sabía, al igual que sus colegas presentes, que hasta que no lograra alguna seguridad en el vínculo poca sería la información. Por eso, para comenzar de a poco, preguntó:

—¿Viajaste bien de Río Viejo?

Mariana miró con desconfianza a las cinco personas apiñadas tras el escritorio de metal, se contrajeron sus ojos cuando miró la videocámara y respondió insegura:

—Sí… sí

La filmadora, que se le volvió invisible a poco de estar frente a ella, mostraba en la pantalla a una mujer joven, con el sobrepeso de un reciente embarazo, que enrollaba las manos una y otra vez en la ropa a la altura del vientre. El médico, con sus preguntas, parecía despertarla de un letargo profundo solo alterado por el constante circular de las manos sobre el regazo.

—Bueno Mariana, un poco eh… vas a ver que somos una multitud, pero bueno, es importante porque así lo dispuso el juez, que te hagamos un examen para ver cómo estás vos, para conocer tu historia y bueno, porque la causa es una causa importante.

—Pero a mí no me dijeron nada que iba a estar acá —dijo mirando el piso.

—¿Hay algo que te preocupa de tener que quedarte acá?

—Y, lo que pasa es que no me traje nada.

El médico, que intentó aflojar la tensión con una sonrisa, agregó:

—¡Ah…! ropa, esas cosas ¿no te trajiste ropa para cambiarte? Bueno, no, eso sería lo de menos. Lo importante, lo que nos interesa es conocer la historia por la cual estás detenida y desde que naciste hasta ahora, y, esto es un poco lo que vamos a hacer en principio con tu nombre y apellido. ¿Tu nombre y apellido?

Mariana no respondió.

Sobre la pared blanca, a espaldas de la mujer, un reloj con la pila casi gastada había quedado con las agujas clavadas en las 3 y 34; el segundero ascendía desde los 45 a los 59 segundos para volver a caer en las menos cuarto y retomar su rotación frustrada. Mariana parecía escuchar desde muy lejos la misma pregunta; a veces rompía la quietud del rostro y adelantaba los labios pero retornaba, con la mirada vacía, al silencio y al circular de sus manos.

Luego de varios intentos, los peritos entendimos que el estupor en que estaba Mariana no permitiría realizar la entrevista y decidimos continuar con los padres de la mujer, que esperaban afuera de la sala.

Capítulo 35

Animales enjaulados.

Vilma Petra y Juan Gineme habían tenido tres hijas y un hijo, Mariana fue la segunda. En los cuarenta años que llevaban casados habían compuesto un conjunto de parecidos: uno era la forma en que armaban las frases al hablar. Cuando Vilma dijo:

—Mari caminó a los nueve meses…

Juan agregó:

—Habló clarito.

—Habló clarito —repitió la mujer—, era una picuda de aquellas y bueno, lo mismo Pablo y Mirna, la única más callada es Paula.

—… pero no, Mariana habló —dijo Juan.

Vilma era empleada doméstica, Juan, albañil y tenían en las manos el brillo de quienes han trajinado entre las cosas.

Cuando entraron en el sótano de los tribunales vieron a su hija por primera vez desde que fue detenida. Vilma era una mujer vigorosa y estaba enardecida por la angustia. Llorando quiso abrazar a Mariana pero una mujer policía se antepuso e intentó esposar a la joven. Se impuso Vilma, adelantó el cuerpo, agarró a su hija por la nuca y le susurró algo al oído. La policía le dijo a Vilma que retrocediera y esposó a Mariana que, con las cadenas puestas, se dejó llevar mansamente del lugar.

—Yo eso nada más —dijo Vilma, sentándose al lado de su esposo frente al escritorio de los peritos—, o sea cuando se enferma, que hace un año atrás y después lo de ahora, nada, si no tengo otra cosa para contar —se secó las lágrimas con el dorso de la mano derecha y apoyó cuatro dedos de la izquierda sobre el escritorio de metal—. Sí, nosotros hablamos de esto de un año atrás, del 2002, el 21 de septiembre, en el cumpleaños de Mari fuimos para San Antonio Oeste para visitarla, cuando nosotros llegamos a la casa de ella, ella estaba… estaba….

—Delirando, y me habló —completó Juan—, me habló despacio, me dijo: "Papá no pasés porque a esta hora hay un tipo ahí atrás que nos va a matar a todos" —se le inundaron los ojos.

—¿Querés que yo les cuente, mejor? —dijo Vilma y le apoyó la mano sobre el antebrazo —porque vos estas un poquito…

—No, dejá… bueno eso empezó ahí, yo decidí, le digo a ella —señaló a Vilma girando el rostro y estirando los labios— que se quede en el taxi, que no se baje, ya se había bajado la otra chiquita de tres años, que es de la otra hija nuestra, que la quería mucho a Mari. Y bueno, entonces nos vamos con el taxi a la comisaría de San Antonio y ahí se bajó ella, y ahí pide auxilio al que estaba de guardia, el agente llama al móvil que estaba en una bailanta, era de noche, cuatro o cinco de la mañana, estaba de madrugada —hizo una pausa, alzó el rostro, tenía los ojos claros inyectados—. Y entonces agarramos y salimos, de ahí salimos, nos encontramos con el patrullero y nos vamos todos juntos para allá, llegamos allá, nos bajamos, ya estaba la puerta abierta. Mari sale con los chicos vestidos y el marido, yo le pregunto al marido qué estaba pasando, y dice, dice que se había quedado dormido y que, porque Mari andaba por ahí y venía y lo único que me decía: "papi, papi vamos… vamos". A ella la ignoró.

—A mí no me reconocía, a él sí.

—A ella no, a mí: papi, papá, vamos, vamosnós, vamosnós.

—Tenía todos los chicos afuera.

—Los chicos lloraban y yo les preguntaba a los más grandecitos, que pobrecitos no entendían nada, ¿qué pasa, hijitos?, ¿qué pasó? No sé,

abuelo, me decían, entonces me dice no, papá, ahí están otros, le han puesto un palo para matarlos a todos, cuando me dice así y viene el policía y me dice: y nada, ni palo, ni nada.

—Nos enfocaron todo el patio, todo, la policía, pero no había nada… —dijo Vilma estirando los brazos con las manos hacia arriba.

Juan agregó:

—Nada y revisamos todo, todo, y nada, entonces el policía me dice: no, acá esta chica está mal, me dice, acá le pasa algo. Ella seguía insistiendo que le cantaban, que la insultaban y la habían amenazado que los iban a matar a todos…

Vilma dijo:

—Y le agarraba las manos a él y decía, recuerdo que nos dijo, que pasó un auto, dice: cuando ustedes se fueron, cuando vos papá te fuiste pasó un auto y me gritaban del auto, váyanse porque los vamos a matar, y dice: tiraron el palo atrás. Decía: el palo y yo le digo a él: pero mirá, porque si ella dice que hay un palo. Y miraron con la policía y no había nada, nada, el patio estaba limpio. ¡Nada…! —se acentuaron las arrugas alrededor de los labios y los ojos de la mujer— así que… así que el policía ahí me dice: no, mirá, esta chica está muy, muy alterada, muy sacada, te conviene llevarla al hospital, que la vea alguien y que vean ellos que pueden hacer para calmarla. El policía me dice: mirá, yo te voy a pedir la ambulancia, para que te atiendan más rápido, porque si vos vas con el taxi te van a atender no sé cuándo. Yo pensé, que, estaba… miren, ¿quieren que les diga la pura verdad? —Vilma se llevó una mano al pecho agarrando un botón inexistente—, yo pensé que estaba loca, porque yo, a mí, ella, no me miraba bien, ni nada. A él, a él sí lo conoció de entrada.

Vilma no habló por un momento y miró a Juan, él estaba quieto con las manos sobre los muslos y los hombros volcados hacia adelante. Ella se quedó en una posición parecida, mirando sin ver la base del escritorio que tenía enfrente. Ese fue el primer silencio sostenido desde que se inició la entrevista. Hacía una semana que habían sepultado a sus cinco nietos y había, en ambos, el cansancio de animales enjaulados.

Manuel Herrera, el médico forense que también había guiado la primera indagatoria con Mariana, se aclaró la garganta, acomodó los lentes y le preguntó a Vilma:

—¿Ustedes desde Río Viejo iban seguido a verla?

—Sí, pero no, no podíamos ir ya cuando empieza a gobernar De La Rúa ya se despatarró todo, y bueno, ya no podíamos ir, él estaba con poquito trabajo y bueno… después se arma ese bochinchón del 2001. Y después

en agosto ella, siempre hablábamos por teléfono, pero en agosto ella nos llama y no estábamos. Yo estaba trabajando y mi marido también. Y habló con Marianela, la hija mayor de Mari que vive con nosotros, y le dice que nos diga que por favor que vaya, que vaya y qué sé yo, que si no podíamos ir, que vaya el papá, porque ella con el papá era muy pegota. Y no, fue imposible y cuando fuimos a verla en el 2002 para el cumpleaños de ella, la encontramos así y yo la llevé esa madrugada a la guardia del Hospital de San Antonio.

Capítulo 36

Era el viento.

El viento era fuerte y soplaba, como es frecuente en la región del Comahue, de Los Andes al mar. Viento racheado que agitaba sombras en los tragaluces del sótano de los tribunales donde escuchábamos las respuestas de Vilma a las preguntas forenses.

Vilma dijo:

Que no, no la atendió un psiquiatra a Mari sino una pediatra en la guardia del Hospital en San Antonio. Y no la vio nadie de Salud mental aunque la pediatra le dijo que hay un Servicio de Salud mental bárbaro, pero en este momento no, no se encuentra ninguno, así que mirá, no sé, yo te la voy a medicar.

Que no, que no se quedaran en San Antonio, dijo la médica, que se la llevaran a Río Viejo para hacerla atender a Mari.

Que no, no le dieron turno al día siguiente en el Hospital de Río Viejo y estábamos el domingo 22 de septiembre y me querían dar el turno para el 17 de diciembre, y yo le digo, no, no porque Mariana, la chica mía está muy, muy, me la vio una doctora en San Antonio, me la medicó así nomás le digo, pero necesita que la vean. Y no, no hay, no hay, es que no hay ningún turno.

La psicóloga le preguntó a Vilma:

—¿Quién le decía eso?

—La señora que da los turnos de Salud mental en el Hospital de Río Viejo, entonces, le digo, pero ¿cómo puedo hacer? ¡decime algo! porque yo, yo no sé. Le dije hasta llorando de que a Mariana yo la veía mal, y que aparte ¡no era mi hija, ésta! Y ella me dice que no, me sigue diciendo que no. Entonces yo de ahí salgo más desconcertada que nunca porque si voy a pedir ayuda y me dicen que no, y me daban para el 17 de diciembre, ¡era una locura total! porque si a ella nos costó traerla a Río Viejo, que estando en la Terminal de San Antonio ya estaba resacada.

—¿Qué pasó ahí? —preguntó el médico.

—Y, se había puesto un cuchillo de esos tramontina —se señaló la manga izquierda de la blusa—, acá.

—Acá, acá adentro —repitió Juan el gesto en el puño de su camisa.

—Y nosotros no nos habíamos dado cuenta, y le decía a él: no, porque nos van a venir a matar, ahí están, ahí están, y él la agarraba y decía: no, Mari, no hay nadie. A mí en ningún momento, de todo el tiempo que yo estuve, de las horas que estuvimos en San Antonio y yo la llevé al hospital y todo, ella, si bien es cierto en el hospital me abrazaba y todo, pero conmigo —negó con la cabeza—. Yo le decía Mari, yo soy mamá, Mari yo soy mamá y ella no.

—No la conocía —dijo la psicóloga.

—No, a él sí.

—Se había puesto un cuchillo acá en este brazo —Juan levantó el brazo izquierdo—. Se tapaba el brazo y decía así: papá, escuchá lo que dicen… y yo estaba con ella, la agarraba del brazo para llevarla, porque yo la iba a sacar para afuera de la terminal y, y entonces yo agarro y manoteo la mano y digo: ¡no, dame ese cuchillo! No, dice, papá, que nos van a matar, que están ahí. Y cuando salió afuera y se quedó más calladita le digo, no, no hay nadie, haceme caso, yo… haceme caso ¡Yo estoy con Dios! —Juan era delgado y ágil, con un movimiento veloz se puso de pie—. Yo tengo un crucifijo, quiero mostrarles mi crucifijo—. Se acercó al escritorio mientras hurgaba en el bolsillo de la camisa. Los forenses nos movimos todos hacia atrás en las sillas cuando el hombre se nos vino encima—. Acá me parece que lo tengo —sacó un rosario de plástico blanco con la cruz rota en el brazo izquierdo y lo elevó—: miren, este crucifijo, lo tenía acá —señaló su cuello—, y le decía: ¡no hijita, estoy, estoy con Dios, ¡mirá, hija! Y ella agarró y me dio el cuchillo.

Juan se acercó el rosario a la boca como si lo fuera a besar pero volvió a guardarlo. Se sentó, lloraba con la cabeza gacha y el vendaval tapaba el

ruido de los sollozos.

—¿Y el marido de ella? —le preguntó la psicóloga a Vilma.

—No, yo al marido le pregunté, le dije, Mario, ¿qué pasó…? ¿Por qué está así la Mari? La Mari no, ¡esta no es mi hija! Y él me dijo: el domingo estuvimos haciendo el patio. Porque en San Antonio ellos tenían una linda casita, en donde habían hecho todo paredón —trazó un perímetro con ambas manos y miró a su esposo—. ¿Viste que le habían hecho todos los canteritos nuevos? Así con palitos y la Mari los había estado pintando todos los palitos, y Mario me dice: estuvimos haciendo todo eso el domingo pasado, después dice: el lunes anduvo bien, se levantó, llevó a los chicos a la escuela, el martes también y el miércoles se quedó en cama, dijo que no se sentía bien, que le dolía la cabeza, no se levantó a llevar los chicos ni nada. Y él, como se iba a trabajar a Las Grutas y volvió a la noche, cuando vino a la noche los chicos jugaban, miraban televisión, y eso, adentro, pero ella no los había acompañado a la escuela, los chicos habían ido solos. Mario, le digo, pero vos ¿cómo no te diste cuenta que ella…?

—No estaba bien —dijo Juan.

—Dejaras que pasaran esas cosas, era que ella no estaba bien, cómo puede ser que vos, no, no prestes atención a…

—Claro es lo que después le dijimos.

Vilma dijo:

—Ahí yo le digo: mirá, Mario, le digo, si vos querés ir a Río andá, si no querés ir no vayas. Yo te digo que a la Mari me la llevo, porque acá yo no la dejo más, no. Sí yo vengo a ver a mi hija y la encuentro mal yo me la voy a llevar, así los hijos, vos me pongas, me quieras poner obstáculos porque los hijos son tuyos. Pero no, yo me la llevo con los chicos. Y bueno, me dijo: sí, yo también me voy a ir, dice no, yo me voy con ustedes, y yo voy a ir a renunciar al trabajo y me voy con ustedes. Hizo eso, fue, avisó y se fue con nosotros —Vilma alzó la vista y nos miró—: sigo sin entender cómo no se dio cuenta. ¿Cómo pudo pasar?

La mujer dejó de contar para mirarnos. Aquella última pregunta quedó reverberando en la sala con el ventarrón de fondo. ¿Cómo pudo pasar? ¿Cómo fue posible? Si era posible, entonces, entre el mundo que hasta ahora habían conocido, se abría un pasadizo que conducía a otro mundo confuso, delirante y trágico. No había frontera con el mundo de los caídos, de los violentos y de los perdidos.

Nosotros pocos días después de la tragedia, hicimos un montón de entrevistas, cientos de preguntas, diagnósticos por imagen, pruebas

psicotécnicas. Analizamos historias clínicas y declaraciones testimoniales; el grupo de médicos, psicólogos y psiquiatra evaluamos los elementos, elaboramos nuestras pericias. La respuesta a aquella pregunta fue el ulular del viento que entonces giraba afuera.

Capítulo 37

Veracidad.

La agente Shirley Yanquetruz había logrado amansar su negra cabellera en un rodete apretado de toda rebeldía ancestral[1]. Tenía la misma edad que Mariana, 32 años, pero parecía mayor; tal vez por el peinado o por el ajustado uniforme policial —pantalón azul, camisa celeste y chaleco antibalas negro— en el que estaba blindada. En el salón de entrada de la comisaría octava un gastado mostrador de madera, al que estábamos acodados, nos separaba. Aunque el oficial de guardia había autorizado la entrevista, en repetidas ocasiones la Cabo Yanquetruz miró hacia atrás, esto es, hacia la puerta que tenía sobre el dintel la estatuilla de la Virgen María protectora de la fuerza; puerta por donde debía irse para comenzar con su otro trabajo en la cárcel que estaba cruzando el patio.

—Todo está en la testimonial —dijo con prisa—, no tengo nada que…

—Su declaración fue muy completa, oficial —dije, en un intento de ganar simpatía al llamar oficial a la suboficial—. Solo quiero repasar algunas diferencias con las otras testimoniales.

—Pasó más de un mes del hecho.

—Sí, leímos en el cuerpo forense su declaración —dije apoyando las fotocopias del expediente sobre el mostrador oscuro—. ¿Usted fue la primera en acompañar a Mariana en su casa la mañana de las muertes?

—El Comisario Inspector Infante me ordenó la custodia de la detenida —enganchó los pulgares en las bocamangas del chaleco y agregó—: Luego el traslado a Salud mental y a la cárcel.

Entró un oficial que nos miró con indiferencia y se escuchó el chocar de los borceguíes de Shirley cuando tomó la posición firme.

—Cuénteme cómo la vio en Salud mental —ordené renunciando a la estrategia amable.

—La detenida estaba como en otra parte. Respondía a las preguntas de la psicóloga del hospital y de la otra chica, pero estaba como ida.

—Se refiere a la Psicóloga Ardoy y a la Asistente Social Polziner.

—Sí, sí, las chicas del hospital —se reclinó sobre el mostrador y apoyó la mano derecha sobre la cartuchera del arma reglamentaria—. Le preguntaron si entendía que había matado a sus hijos y ella decía que sí, que lo había hecho para que dejaran de sufrir. Tardaba, sí, en contestar, como si tuviera que pensarlo mucho, pero no pensaba, no. Y ahí vino la agente Tejada a reforzar la seguridad.

—Acá tengo la testimonial de su compañera —dije levantando los papeles—. Ella coincide en que la mujer estaba confusa, como anestesiada.

—No, como drogada no. Ni llantos ni nada, estaba ausente, ida, como ya dije —se apartó del mostrador y separando las manos del cuerpo, agregó—: pasó más de un mes, no tengo...

La miré con firmeza y le pregunté:

—¿Sabe que en el hospital pusieron que Mariana estaba en pleno uso de su conciencia?

Se quedó sorprendida. Bajó la vista.

—No es mi trabajo ese, hicimos la custodia con Tejada.

—Pero usted confirma que no parecía normal.

—Ya declaré, la detenida no estaba así después.

—¿Cuándo?

—Hace dos o tres semanas, cuando vino su esposo a la visita.

—¿Qué pasó en esa visita?

—Yo trabajo en la cárcel de encausados también y estaba de turno cuando vino el esposo. Era la primera visita que recibía la detenida después de levantada la incomunicación. Él le preguntó cómo estaba y ella nada. Ahí

no estaba ida, tenía cara de bronca y no decía nada. Él le preguntaba y ella ni mu, nada —se volvió a acercar y extendió ambas manos sobre la madera, que acarició distraídamente—. Estuvieron un rato largo sentados en silencio. Después ella le dijo, me acuerdo que le dijo al marido que ya no viniera más a visitarla, que ya no tenían hijos ni nada. Que no viniera más. Se quedaron un rato largo en silencio. Después ella se levantó y vino para que la lleve a la celda.

—¿Usted sabe por qué estaba enojada?

Me devolvió la mirada con firmeza y dijo:

—Será por lo que dijo en Salud mental, que el padre la noche anterior al hecho le había dicho que el marido tenía otra. Mire, ese no es mi trabajo y me tengo que retirar.

Había ido hasta la comisaría para investigar sobre los certificados elaborados en el hospital la mañana en que Mariana mató a sus hijos. Las declaraciones testimoniales de las policías, que la habían acompañado durante aquella primera entrevista, contradecían los certificados de los profesionales del servicio de Salud mental.

En el expediente estaban los dos certificados de los profesionales del servicio: el primero firmado por la Psicóloga Verónica Ardoy y la Asistente Social María Marta Polziner el día de las muertes, 4 de noviembre de 2003; el segundo firmado por el Psiquiatra Hugo Reales al día siguiente. Ambos informes coincidían en que Mariana Elena Gineme se presentaba: "Lúcida; ubicada en tiempo y espacio. Coherente en su discurso". (…) "Dispuesta al diálogo. Con buen nivel de comprensión y con las funciones de juicio conservadas". La única observación de padecimiento fue una interpretación: "Es evidente cierta indiscriminación entre su propia persona y los hijos, ya que alude permanentemente a un sufrimiento en los hijos que tiene que ver con ella". No registraron los profesionales el estado de ausencia en el que estaba Mariana y coincidían, las policías Yanquetruz y Tejada, en testimoniar.

Las suboficiales en sus declaraciones relataron que: "Estaba como ida la mujer cuando contó que empezó por el más chiquito, que lo asfixió con la almohada, que no se resistieron en ningún momento"(…) "Le tenían que repetir las preguntas varias veces porque estaba como perdida. Dijo que cuando terminó con los chicos se despertó la más grande a quien le dijo: "Ahora te toca a vos morir", pero no pudo. Le pidió perdón. La nena salió asustada y ella siguió haciendo las tareas de la casa. Que miraba para la pieza y parecía que estaban dormidos y sentía que se iban a levantar normalmente y la iban a llamar." (…) "Refiriéndose a lo que podía pensar su marido dijo que a él no le iba a importar." (…) "Dijo que ella mató sola a sus cinco hijos, que tampoco le contó a nadie lo que tenía pensado hacer ya que se levantó esa mañana y le nació terminar con la vida de sus

hijos.” De este relato, que escucharon las policías presentes durante la primera entrevista horas después de las muertes, nada quedó registrado en las certificaciones del hospital.

El 7 de noviembre de 2003, los mismos profesionales de Salud mental del Hospital donde Mariana se había atendido desde el primer brote en septiembre del año 2002, dieron una conferencia de prensa que se publicó en el diario Río Negro:

“Los psiquiatras aseguran no tener todavía una explicación a la situación que llevó a que se produjera un crimen de estas características, y afirman que las causas que llevaron a una situación tan extrema pueden ser múltiples e incluso ajenas a la salud mental de la madre.”

El día anterior a la tragedia, lunes 3 de noviembre, por la mañana, Mariana había ido al Hospital acompañada por su marido. Fueron por dos motivos: uno era la revisación del bebé de un mes; tenía “la colita paspada”, por lo que le recetaron una crema. El otro motivo era ir a Salud mental a pedir “atención de urgencia”. En el Servicio de Salud mental no la atendieron y le dieron un turno para cuatro días más tarde.

Capítulo 38

Sombras en el patio.

Al salir de la comisaría fui a la casa de los padres de Mariana. Me invitaron a matear en la cocina. La mesa tenía un mantel de hule beis con flores rojas y verdes gastadas por insistentes limpiezas.

—Un té de manzanilla —recordó Juan que le había dicho a su hija la tarde anterior a la tragedia—. Hacés un té, lo dejás enfriar y con eso le lavás la colita, debe ser la alergia al pañal.

Vilma me acercó un mate y agregó:

—Por eso también habían ido al hospital a la mañana, por el bebé y para ir a Salud mental —volvió a frotar el repasador sobre las flores impecables—, yo le insistí a Mario, le dije que no dejaran de ir a Salud mental. Y no, volvieron con una crema para el bebé y de Salud mental nada, yo le dije a Mario —me quitó el mate antes del último sorbo y dijo alargando las vocales—: pero Mario, cómo no la hiciste ver.

Vilma miró hacia el patio por donde entraban los últimos reflejos del día que dibujaban claroscuros en las paredes, en las fotos de niños y de mujeres con bebés, en los dibujos infantiles que cubrían la heladera.

—Y después Mario se fue a trabajar al campo —dijo Juan—. Se iba y volvía el sábado. Ella estaba en la cama esa tarde, decía que le dolía la cabeza, por eso no hablaba y con ese resfrío tremendo.

—Había estado lavando la ropa en la pileta abajo de ese solazo —Vilma se abanicó con ambas manos—, y con el calor que hacía. Pero igual hacía días que estaba callada, nos preocupaba que estuviera volviéndole eso.

—Estaba callada —dijo Juan— y con el bebé en la cama de ella. Los otros nenes jugaban en la pieza de ellos, y yo le dije, sacale el pañal. Dejalo desnudito al nene, vas a ver cómo mejora con la manzanilla.

Un año antes, en septiembre de 2002, luego del primer brote cuando mudaron a Mariana desde San Antonio Oeste a Río Viejo, los padres supieron que el delirio de su hija no solamente la hacía temer que la mataran a sus hijos y a ella. Las obsesiones rodeaban a Mariana: en el programa de Tinelli se burlaban de los nombres de sus hijos; la espiaban y pasaban grabaciones por internet; Mario la engañaba y se iría, dejándola a ella y a sus hijos, le quitaría la casa del plan de viviendas que estaban iniciando en Río Viejo; la amenazaban cada vez que la radio pasaba el tema musical del verano:

”Quién dice que no duelen

Las huellas en la arena

Tu huella el mar se la llevó

Pero la luna sigue ahí

Pero esa luna es mi condena”.[2]

Vilma cambió la yerba. Me di cuenta que no les hacía preguntas, como si hubiera olvidado mi trabajo de perito de la defensa y necesitara, sencillamente, acompañarlos.

La casa que estos padres habían levantado era humilde pero fresca. Terminaba un día caluroso de noviembre, estaba atardeciendo. Acá siempre decimos: “A la noche refresca” y a veces no pasa. A Vilma lo que no se le pasaba era la bronca. Hacía dos meses de las muertes y, ese mismo día, por la mañana, se había cruzado en el centro con la chica que daba los turnos en Salud mental y ella no la saludó, le apartó la cara: “Ahora resulta que la ofendida es ella”. Vilma dice que le cuesta salir, que ellos son de Río de toda la vida, que la conoce todo el pueblo. Le da bronca las cosas que dijeron: que Mariana los descuidaba a los nenes; que el bebé tenía llagas en el cuerpo; que había sangre, y hasta de veneno se habló.

Vilma acomodó la yerba en el mate y con un movimiento rápido agregó una pizca de azúcar. Cebaba pero no miraba lo que hacía, tenía la vista en la puerta que daba al patio por donde entraba el alivio de las primeras sombras. La mujer recordó cuando el año anterior se enteró del último embarazo de su hija. Mariana le había dicho:

—Vos sabés que estoy embarazada mamá, me quedé embarazada.

—¡Ay Mari! ¡otra vez, hija…!

—Y bueno, no te pongas mal.

—Lo que pasa Mari, que ya tenés… ¡cuántos chicos!

—Y bueno, pero ¿no te gustaría tener otro nieto que sea de Río Viejo?

—Sí, no es por eso, pero lo que pasa por ahí… tantos chicos y eso, pero bueno.

Vilma siguió mirando hacia el patio, donde habían jugado los nietos que ya no estaban, miraba las sombras que guardaban la memoria de lo que contaba.

—Porque a ella le encantaba estar con los chicos, es más, yo le pedía siempre que me diera al Jacinto —repasó el mantel muy cerca de mi mano—. Si bien es cierto que Julio era mi debilidad, porque era el primer nieto varón, y yo le decía: ¿Por qué no me lo das al Jacin? Dámelo para tenerlo yo.

—No, no, los chicos tienen que estar todos juntos con su mamá —había dicho Mari—, ¿cómo te lo voy a dar?

—Lo llevo de día y te lo traigo a la noche —otra vez me iba a sacar el mate, me apuré a terminarlo—. Porque el Jacin es muy pegote con tu papá —yo le decía.

—Pero no mamá, no, los chicos tienen que estar todos juntos. No.

La mujer hizo una pausa, bajó el rostro y se tapó la boca con la mano, luego, bajando la mano hasta el pecho, agregó:

—Así que ella iba, paseaba en mi casa con todos los chicos, estaba todo el día así. A veces se quedaba toda la tarde y después la acompañábamos a la casa y todo, pero bien… ahí estaba bien —miró a Juan que tenía la vista fija en mis manos y asentía con la cabeza—: Ella… ella estaba bien, estaba contenta, nosotros estábamos contentos, yo le decía: viste Juan, la Mari volvió a ser la Mari de antes.

Con "la Mari de antes" Vilma recordaba que su hija, en el momento que supo del último embarazo en diciembre de 2002, había dejado de delirar. Gracias a los insistentes pedidos de Vilma, Mariana había realizado tratamiento psicológico y psiquiátrico muy corto tiempo, apenas tres meses. Luego, el psicólogo que la atendió fue trasladado, le retiraron la medicación y desde Salud mental abandonaron las visitas domiciliarias que proponía el programa de atención hospitalaria. Durante esos breves tratamientos notaron la mejoría.

Un mes después del nacimiento de su séptimo hijo, Mariana ahogó con las manos a los cinco niños.

Capítulo 39

Mariana I.

Cada uno de los tres días, al finalizar las indagatorias, me quedé a solas con Mariana. En mi condición de perito de su defensa, cuando se retiraban los médicos y la psicóloga judicial, me quedaba con ella hasta que las dos mujeres policías, que solían demorarse más de media hora, se la llevaban.

Al atardecer del segundo día, decidí acompañarla en silencio. Momentos antes habíamos preguntado sobre la madrugada en que mató a cinco de sus siete hijos.

Estaba sentada en el amplio salón del subsuelo, en la silla de plástico azul, frente al único escritorio de metal, ahora vacío, inmóvil. Mariana conservaba las formas de su séptimo embarazo. Al igual que su madre era de contextura grande, pero parecía muy pequeña. Encogida sobre sí misma, mostraba esa forma de abandono que sigue siempre a los momentos de tensión.

Acerqué una silla, me dispuse a acompasarla: las piernas juntas, bajo el asiento los pies apoyando las puntas en el suelo; la espalda encorvada y la cabeza gacha; y los labios, que a veces se mojaban y entreabrían para luego volver a cerrarse con fuerza; y las manos, de una blancura tenue, con los dedos entrelazados sobre el regazo, brillantes, traslúcidas de lágrimas, sudor, saliva y moco.

En la mañana de aquel día había respondido sobre el inicio de su relación con Mario, con quien se había ido a vivir a poco de comenzar el noviazgo, cuando él tenía veintiún años, ella veinte y una hija de cinco a la que se sumó la primera hija de ambos:

—Tengo recuerdos buenos… qué sé yo, era bueno porque los dos trabajábamos y estaba bien, me sentía bien, tenía mi trabajo, mis cosas, vivíamos juntos y como yo también tenía lo mío, hasta que yo —hizo una pausa, aquella ocasión Mariana parecía estar más despierta en comparación con el primer día de las pericias–, me embaracé de mi otra nena y seguí trabajando un poco pero luego me volví a embarazar y ya no trabajé.

A poco de jubilarse, la licenciada Clara Chito llevaba un vestido vaporoso que anticipaba en estampado de grandes flores rojas la próxima temporada de verano. La extremada delgadez y la piel amarillenta componían bien con la voz de fumadora ferviente. Fue la voz que más escuchamos aquella jornada. Era la única mujer del conjunto forense y habíamos intentado, con su mayor participación, diluir en la similitud de género la tensión del proceso y de la diferencia de clase.

—¿Y qué pasaba con esos embarazos? ¿Eran embarazos deseados?

Mariana se quedó en silencio.

—¿Eran embarazos deseados? —insistió Chito, y yo estuve a punto de explicar que desear no es querer sino más bien una potencia del alma, pero me di cuenta a tiempo de lo absurdo del diálogo que se estaba

desarrollando—. ¿No deseados?

—Y, sí, porque ahí ya alquilábamos la casa y… estaba bien…

—¿En algún momento pensaste en la posibilidad de no tener más chicos? —preguntó Clara Chito, y lo dijo a tal velocidad que pareció una afirmación y no una pregunta.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Y… en el sanatorio, pero primero me dijeron que tenía que pagar y me salía muy caro, después cuando hice todos los papeles para hacerme la ligadura, empezaron con las retenciones en el hospital, así que no, no hicimos nada y me dijo el médico que no era bueno que lo hiciéramos, porque no se limpiaba, ni nada, cuando estaban con retención, no sé.

Aquella mañana Mariana contó sobre los primeros embarazos sucesivos. Luego, cuando Mario se quedó sin trabajo y se fueron a San Antonio Oeste, a doscientos kilómetros de Río Viejo. Habló de aquello que empezó a nombrar como: andaba tanto en lo mío.

—Después yo me siento mal, porque me quería volver para Río y me sentía triste y extrañaba mucho.

Clara Chito, tomó aire con ansia asmática y preguntó:

—¿Qué te sucedía?

—No, solo tuve un desencuentro con una vecina, así que ya todo el tiempo nos vivía hostigando a nosotros, tanto a mí como a los chicos.

—¿De qué manera? ¿los insultaba?

—No, no era así, pero… pero siempre, todo el tiempo estaba quemando basura, nos tiraba cantidad de humo que entraba a la casa nuestra… y así todo… y después cuando vinieron mi papá y mi mamá, se pusieron muy mal, yo me la pasaba encerrada, yo andaba tanto en lo mío.

El esposo de esta vecina había contratado a Mario para unas changas, tuvieron problemas con un pago y nació la enemistad, que fue transformándose en una obsesión para Mariana.

—Mis papás fueron hasta San Antonio, y me vinieron a decir que vuelva a Río, como ellos vieron que estaba mal —rodeó el vientre con las manos—,

yo estaba todo el tiempo muy, como muy asustada.

—¿De qué tenías miedo?

—De que nos pudiera pasar algo a mí o a los chicos.

—Esta idea de que pudiera pasar algo ¿apareció de golpe?

—No sé, qué sé yo —pese al calor, envolvió las manos con las mangas del buzo azul—, yo no sabría explicar.

—¿De qué tenías miedo?

—No sé, porque estábamos todo el tiempo solos y como esta mujer era tan mala —se movió incómoda, secó el sudor de la frente con la manga—, yo tenía miedo, miedo de que les hiciera algo.

—¿Algo como qué?

—Yo no sabría explicar, no sé.

—Vos decís que cuando fueron tus padres te vieron así asustada ¿cómo más te vieron?

Mariana tosió, bajó la voz y casi en un susurro dijo:

—Y ellos me dijeron que yo… como yo les digo, yo andaba tan metida en lo mío, que…

—¿Y qué era lo tuyo?

—Y así… —desenvolvió una mano del buzo y trazó unos círculos cerca de la cabeza—, que pensaba eso, que vivía pendiente de lo que ella hacía.

Se quedó en silencio, levantó el rostro pero no nos miraba. En ese momento Clara Chito ocupaba el costado izquierdo del escritorio que estaba frente a Mariana; los tres médicos se apiñaban detrás y yo me apoyaba en el costado opuesto. El psiquiatra convocado como consultor externo rotulaba los videocasetes que había grabado con una pluma estilográfica con detalles en oro. De los dos médicos forenses, el más antiguo hacía origami con la caja de tisúes vacía y el otro limpiaba con gesto de chicato sus gruesos anteojos. Yo intentaba, sin éxito alguno, hacer contacto visual con la mujer de la que era parte de su defensa.

Mariana rehuía mirarme, al igual que a cualquiera de quienes la interrogaban. No me resignaba a que no me diferenciara del conjunto y no se diera cuenta que era quien estaba de su parte en el proceso judicial. Para ella no había parte, ni proceso, ni nada. Todo a su alrededor ocurría

muy lejos. Estaba escorada en el desierto y a una distancia abismal estábamos esas cinco personas cuyo objeto era evaluar el grado de conciencia que había tenido la semana anterior, cuando mató a sus hijos; trazar, de una vez y con certeza, la línea entre la cordura y la locura.

II

En el despacho de Manuel Herrera se acumulaban las piezas de cerámica que cocinaba previendo el tiempo libre que le dejaría la jubilación forense. Me recibió, en una calurosa mañana de noviembre, entre jarrones, ceniceros y otros enseres esmaltados. El hombre calvo desplegaba el mismo cuidado en sus artesanías y en un bigote simétrico, remedo en pequeño de un flequillo perdido hace mucho y estacionado ahora sobre su fino labio superior. En su oficio judicial era igual de prolijo.

—Mariana se brotó sin pródromos, Macedonio. Nada podía hacer prever lo que luego ocurrió —me dijo taxativo mientras acariciaba un apoya taza con forma de nenúfar.

—Pero ¿cómo? ¿Y el brote del año anterior?, ¿y el pedido de urgencia horas antes de las muertes? —la resaca de la mañana me hacía sentir acelerado, vulnerable ante la ecuanimidad médica.

—Marce, el brote remitió en cinco semanas y el pedido de urgencia lo escuchó personal administrativo —confundió el diminutivo de mi nombre como si me llamara Marcelo—. Pronto cumpliré treinta y cinco años como forense y he visto muchas de estas reacciones inesperadas. Peleas de borrachos, sobre todo chilenos, que van con el puntazo a la yugular. Y no al degüello, eh —ilustró haciendo primero un semicírculo con el nenúfar y luego una estocada—, sino directamente con la puñalada a la vena.

—Justamente ¡una administrativa responde a las urgencias en Salud mental! —tuve que respirar con calma, mi enojo se imponía lentamente—. Solo había que ver la historia clínica para deducir el brote en curso. No jodás, Manuel, en el hospital se les escapó la tortuga.

El médico judicial se recostó en su sillón, el escritorio que nos separaba le daba espacio para observarme en perspectiva. Un jarrón terracota con forma de venus paleolítica, en la repisa que estaba sobre su cabeza, se me ocurrió también un arma.

—El juez pregunta si la chica es imputable. Punto. Acá se termina, Macedonio —y marcando las silabas, agregó—: Dejá a la gente del hospital en paz.

—Voy a firmar con ustedes la conclusión pericial, pero ya te digo que voy a agregar una ampliación con la denuncia a Salud mental.

—Vos sos perito de parte, hacé lo que quieras, no vas a tener mi firma.

Me levanté para irme sin saludar y choqué contra el escritorio. Resacoso andaba con falsa seguridad en la cintura. Un cenicero cara de gato se despedazó en el suelo.

—Uy, qué tarado ¿se puede pegar?

—No, dejá —respondió poniéndose de pie rápidamente y levantando los trozos verdeamarillos con delicadeza.

Me fui saludando entre dientes.

Manuel Herrera fue, durante el inicio de las periciales, el encargado de hacerle a Mariana las preguntas de protocolo: ¿Abuso de alcohol o drogas? Tomé cerveza de chica, pero no. ¿Algún trastorno mental en la familia? Una tía, hermana de mi abuela que vivía encerrada. ¿Algún accidente o golpe en la cabeza? Si, una vez. ¿Qué te sucedió? No, una vez que peleamos con Mario y él me tiró al piso.

—¿Algún otro episodio como el que contás, de peleas con golpes en la cabeza en el que hayas perdido el conocimiento?

—Si, después en una pelea que tuvimos con mi marido, que me golpeó contra el piso y estuve unos días en cama, me dolía mucho la cabeza —Mariana puso su mano en la nuca. Como todos los días durante las entrevistas, miraba al piso.

—¿Era habitual que tu marido te golpeara?

—No, esa fue la primera vez.

—¿Cuánto hará de eso?

—No sé, como seis años.

—¿Esa fue la única vez?

—No, después acá en Río también tuvimos…

—¿Sucedía con bastante frecuencia este tipo de situaciones?

—No.

— ¿Y cuándo aparecían? ¿Ante qué cosas solían aparecer?

Mariana luego de un prolongado silencio dijo:

—Cuando yo le decía que, que quería que nos separáramos.

—¿Y qué pasaba con esto?

—Él me dice que no, que, que… –los ojos de la mujer se movieron inquietos como leyendo la respuesta en el piso.

—¿Por qué no?

—Porque él decía que qué iba a hacer, qué iba a hacer yo con los chicos y empezábamos a pelear.

—¿Y vos qué hacías?

—Yo le decía que de alguna forma iba a salir y que… yo tenía a mis papás que me iban a ayudar —se mordió los labios.

—¿Por qué te querías separar?

—Porque a veces no me gustaba la vida que llevaba.

—¿Qué era lo que no te gustaba? —preguntó Manuel mientras acariciaba su bigote.

—Estábamos mucho tiempo solos allá en San Antonio, y yo no quería que trabajara lejos y que dejara a los chicos a un lado. Así que yo estaba todo el tiempo en la casa, me sentía resola.

—¿Y cómo se resolvía esto?

—Bueno, a veces yo lo pensaba, y también era cierto que no podía venir a mi casa a ser una carga con los chicos, y me quedaba, bueno, él decía que me quedara y que lo perdonara que no iba a pasar más.

—¿Qué no iba a pasar más?

—Y, que él me iba a acompañar, y que iba a estar más tiempo en casa.

—¿Cómo te las arreglabas para seguir conviviendo si vos querías separarte? ¿Tenías relaciones sexuales frecuentes?

Una franja de luz, que entraba por la claraboya del sótano, iluminaba en

diagonal el cuerpo de Mariana que pareció encogerse antes de responder:

—No, ya no.

—¿Desde cuándo ya no?

—Y, debe ser desde cuando nos cambiamos de casa, yo le dije que no, que yo quería que me pasara lo que me correspondía de los chicos y que yo iba a tratar de ver cómo salía adelante, que ya no estuviéramos más y…

—¿Cuándo fue eso?

—El año pasado.

—¿Qué te respondió?

—Él me dijo que como se iba toda la semana al campo, así que bueno, discutíamos y él se fue, y como a fin de mes ya estábamos instalados en la casa y él apareció en la casa y… mi mamá me dijo: bueno, hablenló.

—¿Vos no querías saber nada con este matrimonio?

—Sí, lo que pasa es que yo… no era que no quería seguir, yo lo quería mucho, bah… lo quiero todavía, por ahí lo que no me gustaba era, bueno, esas cosas.

—¿Qué cosas?

—Y, que por ahí nos abandonara tanto, yo quería que fuera sincero, que me dijera realmente, en ese momento yo…

—¿A vos te parecía que tenía otra mujer por ejemplo?

—No, yo no lo sabía, no tenía alguna prueba.

—Pero te parecía.

—Y, a veces sí.

—¿Eras muy celosa vos?

—Sí.

—¿Te hubiese gustado quedarte vos sola con los chicos?

—Sí.

—Cuando vos le volviste a plantear después de tener el bebé, ¿qué pasó?

—No, me volvió a repetir todo de nuevo, que no, que él iba a cuidar de todos ahí, que íbamos a estar todos mejor.

—¿Qué era lo que iba a mejorar?

—Y, el hambre, también estar muy apretados económicamente y… la situación, el ambiente de pareja.

—¿Y vos qué ibas sintiendo?

La mujer, sesgada por aquella luz que parecía llevarla al pasado, respondió para sí misma:

—Que no se va a terminar más.

Capítulo 40

En la frontera

Quienes tienen la vida ordenada alrededor de la familia y el trabajo necesitan suponer que hay una frontera que los separa de aquellos que cayeron y están perdidos. Si no hay bordes con quienes viven las tragedias ¿cómo poder decirle por la noche a quien se ama, con un beso en la frente, "que duermas bien"?

Cuando me puse a redactar la ampliación del informe pericial, noté que había abandonado toda otra ocupación. En el pequeño departamento al que me mudé después de la separación las cajas de libros seguían cerradas. En las paredes pegaba anotaciones que, en el baño, escribía sobre los azulejos con marcadores de colores. La única mesa la había dispuesto cerca de la cama. Cuando me despertaba corregía el borrador, subrayaba el expediente o repasaba las grabaciones. Entre las botellas, el cenicero y un plato con un billete enrollado, estaba el televisor en el que apoyaba el reproductor de video. Hice correr la cinta donde Manuel herrera pregunta:

—¿En algún momento Mariana habló con alguno de ustedes planteando que se quería separar?

—No, conmigo no —responde Vilma.

—No —dice Juan.

El forense insiste:

—¿Alguna vez, algún comentario, en una charla así, que ustedes le hayan podido decir: "no hija, no te separes, mirá por los chicos"?

Vilma responde:

—No porque esa vez en San Antonio yo le dije: Mari ¿vos estás bien?, ¿te querés ir con nosotros? y ella me dice, No, mamá, está todo bien.

—Y en el transcurso del último año que estuvieron en Río, ¿alguna vez ella le planteó que no quería estar más con el marido?

—No, a mí no, ella no me dijo nunca que se quería ir.

—No, conmigo no —agrega Juan.

Detuve la grabación.

Cada vez que paraba el video, los cuerpos de Juan y Vilma mostraban una tensión que no se debía a la imagen fija, al movimiento detenido en el fotograma, había urgencia por contar que habían perdido a todos sus

nietos a manos de su hija.

Presioné play:

Vilma tiene el puño apretado y envuelto con la mano izquierda sobre su pecho:

—Yo lo que por ahí me reventaba, que te lo voy a decir así, por ahí me reventaba la actitud de Mario, porque yo no sé si realmente Mario está triste o si está contento porque le pasa… —busca, pero no encuentra palabras— esto… o no sé sinceramente, no sé.

—No, este chico es muy callado, pero ahora cuando pasó el… caso... –Juan tampoco sabe cómo referirse a las muertes— todas las cosas las hice yo, porque él, él me pidió, y yo me fui a él, y le digo: bueno primero resolvemos lo malo, Mario. Dice no, no hay que resolver nada. A mí no me parece, le dije, pará flaco, yo voy a hacer lo posible para ayudarla, todo lo posible para que esté contenida, y yo le digo, pará flaco, yo también perdí, mirá, todos los que son, son míos —, se detiene, le tiembla la voz—. Son mis nietos y ella es mi hija. Le digo que no es así, no es agarrarla así, le digo a Mario, que andaba con la hermana. Bueno, llevame al hospital. Bueno, nos llevó un policía, pero no pudimos ver a los nenes, y volvió a la casa. Y cuando volvimos arrancó y lo paré y me dice que se iba a caminar, que no sabía para dónde. Bueno, le digo, andá. Cuando lo volvieron a llamar, lo volví a convencer, entonces le dije: mirá, Mario, acá hay que seguir, hay que juntar los nenes, hay que hacer un montón de cosas. Acá hay que seguir, dejame a mí, no te voy a dejar afuera a vos, yo te voy a comunicar todo lo que voy haciendo. Él me dijo bueno.

Stop:

Juan era un hombre de estatura mediana, magro y ágil aún a los 60 años. Las manos parecían más grandes de tan curtidas, fuertes, impotentes cuando no sostenían una pala o un ladrillo; tan frágiles, como cualquier mano, cuando lo que tocan es, más que angustia, dolor.

Play:

—Así que hice todo. Cuando él me dice yo quiero ver a los pibes, yo los quiero ver, me dice, yo le digo bueno. A él, ese día lo iba a llevar un oficial a verlos, entonces me dice: mirá, dice el policía, tené cuidado porque como está es capaz de… entonces yo agarré, fui a la guardia y le dije a la chica que estaba en la guardia, a la enfermera, que le dijera al médico que lo revisara, él no quería. Entonces cuando viene el oficial, vio que iba a pasar y me dijo, pará, pará, vos avisá al médico primero. Entonces, mientras lo revisó el médico, viene otro policía y me dice, no, no. Bueno, entonces nos sacaron del hospital y me dijeron no, no, menos allá en la morgue, por esto, por lo otro, chamuyo ahí. Él lloraba y yo le digo: yo te

voy a hacer verlos, cuando abre el velatorio yo paso con vos. Y bueno ahí pasamos los dos. Y después estuvo toda la tarde así —Juan apoya los codos sobre las piernas y se toma la cabeza con las manos mirando al piso—, sentado afuera. Entró después para irse y nada más.

–Usted dice que era callado y no decía si estaba triste o contento —dice el forense.

–Claro —responde Vilma—, porque yo cuando el lunes después que fueron a pedir el turno a Salud mental le digo, pero ¿cómo no le insististe, Mario? ¿por qué no le dijiste: no, quiero que la vea ahora?, y me dice, pero si me dijeron que no había turno, que hasta el viernes no me dan. Pero vos hubieses peleado un poco, le digo… yo la otra vez cuando la traje de San Antonio Oeste, yo la recorrí el domingo todo el día caminando de un lado al otro, le digo, y caminando para que ella pudiera ser atendida el domingo, porque si no ¿sabés qué?, le digo, no hubiese soportado que la iban a dejar hasta diciembre.

—¿Y Mario qué le contestaba cuando usted le decía: por qué no insististe?

—Y, él me decía: y… sí, pero ahí se quedaba. Igual anoche, otra de las cosas que me molestó fue anoche, fue que hablando así volvimos a tocar el tema. Él me dijo que, cuando venían del hospital, venían caminando, y que Mariana dice que ––se le inundan los ojos a Vilma—, que había… ¿qué? le digo, porque a mí me sacan esas cosas, dice, el lunes cuando venían del hospital, Mariana le dijo que cuidara mucho a los chicos. ¡Y se lo dijo dos veces! y en una oportunidad se le caían las lágrimas a ella, y yo le digo: ¡Mario! y ¿cómo no me dijiste? ¿cómo? ¡vos viste que estaba poniendo una luz roja! ¿cómo? ––Vilma llora en silencio–. Le digo: ¿por qué no dijiste?, y él: bueno, pero yo no dije porque estaba ella. Pero eso, a nosotros esto, la verdad, que nos rompe al medio, porque yo no sólo perdí a mis nietos, sino también a ella.

Detengo el video.

A Mario Gavino los peritos habían rehusado entrevistarlo pese a mi pedido. Fue una vez más que perdí en minoría. Busqué la carpeta con la declaración testimonial de Mario en el juzgado de Río Viejo.

"JUZGADO DE INSTRUCCIÓN N.º 30. RÍO VIEJO. A los diez días del mes de noviembre del año 2003, siendo las 9 y 25 comparece ante Su Señoría y Secretaria Autorizante una persona que debe prestar declaración testimonial (…) la compareciente es interrogada respecto de sus condiciones personales, respondiendo llamarse Mario Prudencio Gavino, de 31 años de edad, de nacionalidad argentina, ocupación peón rural, de estado civil casado, que sabe leer y escribir. (…). Atento a que es el cónyuge de la imputada. No obstante, tratándose el declarante en el hecho que las víctimas son sus hijos y por tanto resultan de un grado

igual al que lo liga con el imputado, queda eximido de la prohibición de declarar. Dijo:

Que el día lunes 3 de noviembre del año en curso se había ido al campo donde trabaja, que es del Señor Juan Segatori, a la una de la tarde. Que habitualmente el dicente se iba los lunes o los martes, incluso cuando su patrón no lo podía llevar se iba en colectivo y regresaba el sábado aproximadamente a las cuatro de la tarde. Que está trabajando allí desde el mes de enero de este año. Que el dicente con su grupo familiar vivía aquí en Río y cuando Carlos tenía dos meses se fueron a vivir a San Antonio Oeste, de donde regresaron en el mes de septiembre del año 2002, luego del cumpleaños de su esposa. Que cuando vivían en San Antonio Oeste el dicente trabajaba en las Grutas y decidieron regresar porque su esposa comenzó a tener problemas con los vecinos, decía que le gritaban cosas. Que los problemas que su señora tenía con los vecinos eran especialmente con la esposa de un vecino con quien el dicente trabajó durante dos meses, pero como no le pagaba, renunció y lo denunció a la delegación de trabajo. Desde entonces, como los patios eran lindantes al fondo, esa señora quemaba basura para molestar a la esposa del declarante.

Que hace doce años que está con la imputada y nunca advirtió alguna conducta que le llamara la atención, nunca consultaron a un psicólogo hasta el año pasado. Que cuando llegaron nuevamente a Río Viejo, en el mes de septiembre, no recuerda exactamente pero en ese mes o en octubre Mariana estuvo en tratamiento psicológico en Salud mental del hospital de esta ciudad. Que estuvo en tratamiento unos dos meses, durante los cuales estuvo medicada.

Manifiesta que el 21 de septiembre del 2002, estando todavía en San Antonio Oeste el dicente llegó de su trabajo en Las Grutas y notó a su esposa un poco alterada, diciéndole la misma que los vecinos le hacían burla. Que Mariana le pidió que se fueran de San Antonio, pero en ese momento no podían ya que tenían su casa y no disponían de dinero para viajar. Esa noche el dicente acostó a sus hijos y como a las tres o cuatro de la mañana Mariana lo despertó diciéndole que habían pasado en un auto y le habían gritado que se fueran los Gavino porque los iban a matar, pero el dicente no escuchó nada. Cuando se levantó vio que su esposa había vestido a los chicos como para salir, que estaban acostados y durmiendo pero vestidos, les había puesto las zapatillas y también las camperas.

Que luego llegó un taxi en el cual se trasladaban los padres de Mariana puesto que habían ido porque era el cumpleaños de ella y cuando Mariana vio bajar a su padre les gritó para que se fueran que los querían matar (…).”

Capítulo 41

Mario

A Mario lo vi por primera y única vez tres semanas después de la sentencia. Yo estaba internado en la Clínica Roca luego de accidentarme en la ruta. Él había venido desde Río Viejo con el dinero de mis honorarios, no me encontró en el consultorio y averiguó donde estaba.

Un acceso de tos me había sacado de un sueño leve y febril. Estaba con la boca cosida por una fractura de maxilar, en una cama ortopédica con el respaldo elevado para aliviar mis dificultades respiratorias. Frente a la cama, apoyado contra la pared en la que parecía incrustado, un hombre, quieto, con un sobre blanco en la mano. La quietud imprórvida del hombre y mi embotamiento me hizo dudar de lo que veía, intenté decir: ¿Quién? Mario se acercó y tendió el sobre. Intenté otra vez yo, gutural: ¿Quién es? Acercó el sobre hasta tocar el acolchado. Dijo en voz apenas audible algo que no escuché y volví a forzar la garganta, una, dos veces más. Dijo titubeando: del juicio… de Río. Mario quise decir y me quedé resollando. Quería preguntarle tantas cosas, pero no podía, ni siquiera podía balbucear. Mi agitación se acentuó. Él seguía inmóvil con el brazo extendido.

Busqué mirar sus ojos, pero él rehuía la mirada. Mario, volví a intentar, ¡escúcheme! Era muy extraño que intentara hablar con las encías cosidas. Él me miró, sus ojos eran tan oscuros que parecían todo pupilas. Lo miré tratando de encontrar la tristeza que habría en un hombre que perdió a sus cinco hijos a manos de su esposa. Necesitaba ver con qué resignación había enfrentado ese dolor; no es la muerte el abismo insondable en nuestra especie sino el dolor.

Y fue cuando me vi reflejado en los espejos negros de sus ojos, exactamente el cuerpo que yo era: con los labios apretados, inerme, abatido, sobre la cama blanca, a la luz indecente de un cuarto de hospital. Vi mi reflejo en sus ojos fugitivos. Sólo me vi a mí mismo en sus pupilas. Y nada más.

Le aferré la mano con fuerza, el sobre con el dinero había quedado entre nuestras palmas. Luego de un momento, Mario tomó mi muñeca derecha con su mano izquierda, se desasió y se fue.

Cuando desperté, una enfermera me tomaba la presión arterial, estaba madrugando. Creí que lo de Mario había sido un sueño hasta que noté en mi mano un sobre arrugado.

Capítulo 42

Profundidad truncada

En la penumbra previa al amanecer, los sonidos de la calle describían la escena que se iba a desarrollar: los primeros trinos de los pájaros, el eco de unos pasos furtivos, el ladrido de un perro. A la luz ambarina de la farola que entraba por la ventana, la mujer quieta, en su cama, con tres de sus cinco hijos varones. En el cuarto de al lado dormían los otros dos hijos y Camila, la hija de nueve años.

En el pueblo a oscuras aún no cantaban los gallos, y la mujer, con los ojos muy abiertos, en una vigilia y en un delirio de los que no podía salir, repetía como en un rezo: que dejen de sufrir. No era una plegaria, era un presagio, una profecía. La noche olía al verano que aún no había llegado y al que no llegaría Ariel; como no llegaría, aunque tuviera menos de 2

meses, a ver la luz del día que estaba por comenzar. Tampoco llegarían Julio de 8 años, Alberto de 5, Jacinto y Carlos, de 4 y 2 años.

Siete días después de los asesinatos, Tom Petrone preguntó:

—Mariana, ¿cómo explicarías vos lo que pasó?

—Es que a la vez que yo estaba mal, ellos también sufrían, yo sufría. Yo decía, a veces ellos no tenían noción.

—Por eso te vuelvo a preguntar, si la angustia de no darles respuesta a los chicos, de verlos a los chicos que padecían necesidades, por lo menos vistas desde tu óptica, la situación de insatisfacción permanente, ¿no?, que vivías, ¿te llevó a tomar alguna actitud? ¿o tiene que ver con esta cuestión, con esta cuestión... procesal que estás viviendo?

Clara Chito, se impacientó y dijo:

—Con la muerte de los chicos.

Mariana envolvió las manos en su ropa y miró por encima de nuestro grupo.

—Yo —, se quedó en silencio.

—¿Qué empezaste a pensar? —dijo Petrone con voz amable, mientras se reclinaba en su silla.

—No… no empecé a pensar —bajó la cabeza y comenzó a llorar—. Ese día yo me quede así.

—Dándonos cuenta que nos estás contando de ese día ¿vamos a hablar de esto, eh?

Tomazo Petrone había sido convocado por el juez como psiquiatra externo para apoyar las pericias. El juez necesitaba alguien de prestigio en la región. Tom Petrone era un psiquiatra con alto perfil en medios radiales y gráficos. La televisión tal vez no se le había dado por un marcado estrabismo de sus ojos castaños. Hombre elegante, de corbatas vistosas, siempre bien peinado con un jopo oscuro, demasiado negro para sus casi sesenta años, que distinguía, bajo su sombra, la mirada oblicua.

En esas horas finales de la última entrevista, había decidido guardar silencio. Para mí ya había suficiente información para responder a las preguntas del juez. Además del psiquiatra, en esa jornada, fue Chito la que preguntó:

—¿Te levantaste o no pudiste dormir?

A Mariana el llanto le sacudió el cuerpo.

–Sí, dormí un poco, después me levanté y —mostró un tisú hecho una pasta—, ¿me podría conseguir un pañuelo?

–Ahora. ¿De emoción te ponés así? —Chito abrió su cartera y buscó—. No encuentro, viste como son las carteras de las mujeres, cuando una busca no encuentra.

Manuel Herrera salió y trajo una caja de pañuelos de otra oficina.

–¿Querés seguir? —insistió Clara Chito.

– Sí. Yo me levanté varias veces.

–¿De qué día estamos hablando ahora?

–De la noche que yo… maté a los chicos.

–¿La noche del lunes sería?

–No, no, no –negó con la cabeza.

– ¿No te acordás cuándo fue? ¿Qué día de la semana?

Mariana afirmó con precisión:

–Martes. No me podía dormir. Estaba pensando qué íbamos a hacer, no recuerdo –miró al piso como buscando–. Y a la mañana me levanté y pensé que eso era lo mejor –se cubrió la cara con las manos– así ya no… no padecían más, no sufrían más.

–¿Entonces ese día estuviste pensando qué ibas a hacer?

–No –negó con la cabeza.

–¿Pero sí durante la noche?

–Sí. Y a la mañana me levanté.

–¿Decidida?

– Sí.

–¿Y qué hiciste durante ese día?

–Me levanté y, nada… nada… después vino la policía y…

–Ajá —intervino Petrone—. Pero, a ver. Yo quiero ver si podemos con vos saber qué fue lo que te pasó, y si te acordás lo que te pasó. Vos me estás hablando de cuando ya está todo hecho, decidiste que era lo mejor. ¿Vos te acordás qué te pasó con tus hijos?

—No.

—¿Qué hiciste vos con ellos?

Mariana bajó la mirada.

–Los ahogué con una almohada –se agarró las manos.

–¿Esto fue a la noche?

–No.

–¿A la mañana?

–Sí.

–¿A qué hora?

–Temprano.

–¿Estaba oscuro todavía?

–Sí.

–¿Tenés idea de la hora?

–No.

–Ellos estaban durmiendo y vos estabas en tu pieza.

–Sí.

–Vos tenías… ¿tu casa tiene dos piezas no?

–Sí.

–¿Vos estabas en tu pieza sola o con alguno de los chicos? ¿Con el más

chiquito?

–Sí.

–Ya estabas con él, ¿y con quién más?

–Estaba con Alberto y con Carlos.

–¿Y el bebito se llama…?

–Ariel.

–Ariel. Estabas con Alberto, Carlos y Ariel en la pieza. Y en la otra pieza, ¿quiénes estaban?

–Camila y Julio.

–¿Y quién más?

–Y Jacinto.

Chito intervino:

–Bueno. Vos entonces te despertaste muy tempranito, no podías dormi

Capítulo 2

Capítulo 43

Camila

A Camila Daiana Gavino le tomaron declaración testimonial en la comisaría de Río Viejo el mismo día en que huyó de la casa donde su madre había intentado matarla.

"Declara: Que cuando se despertó hoy a la mañana en su habitación, no recuerda la hora, se dio cuenta que estaba durmiendo solita en su cama, la cual comparte con su hermano Jacinto (4 años), como así también duermen en esa pieza sus hermanos Julio (8 años) y Alberto (5 años). Ante ello fue a la habitación de su mamá pensando que estaban mirando televisión allí; pero al entrar a la pieza pudo observar que sobre la cama estaban acostados boca abajo todos sus hermanos de la siguiente manera: Julio, Ariel (1 mes y 10 días) y Carlos (2 años) con la cabeza apoyada sobre la almohada, y en los pies en la misma dirección estaban Alberto y Jacinto. Asimismo, estaban todos tapados con una sábana excepto Julio; aunque no tenían la cabeza tapada. Es por eso que trató de despertar a julio, y no respondía, y su mamá se encontraba en el baño que está enfrente de la cama."

A la comisaría octava fue acompañada de su tía Mirna Fabiana Gineme y, aunque tenía 9 años, no la entrevistaron profesionales idóneos ni se utilizó cámara Gesell, como se prescribe para una menor que ha sido víctima de una tragedia.

"Que posteriormente fue a su habitación y enseguida llegó su mamá, y la menor le preguntó "por qué Julio no le respondía" y su mamá le dijo "Porque se había ido, y tus otros hermanitos también", y le vuelve a preguntar "quién hizo eso", ya que se había dado cuenta que sus hermanos estaban muertos, y su mamá le dijo "Yo lo hice", y al preguntarle "por qué", le manifestó "Ando mal de la cabeza, no sé lo que hago". Después su mamá le dijo "Yo te voy a hacer dormir a vos", y la dicente le dijo que no, que podía hacerlo sola, y su mamá insistía en querer hacerla dormir. Seguidamente su mamá la acostó sobre la cama boca abajo y se sentó arriba a caballito tapándole la boca con una mano; y con la otra le apretaba el cuello; y al decirle que saliera, "que no la dejaba respirar", su mamá solamente le respondía "no puedo, no puedo". Después la dicente logra zafarse, pasando por debajo de su mamá, y corre para el comedor y se pone detrás de la mesa, tratando de que su mamá no la agarre y la lleve a su cama y le haga lo mismo que a sus hermanitos y su mamá va a la cocina y le quería dar un vaso de agua y le

decía “Vení, vení sentate acá al lado mío y tranquilizate, tranquilizate”, pero la menor le contestaba “No mami, no puedo tranquilizarme, por lo que vos le hicistes a mis hermanos que son tus propios hijos, no te voy a perdonar nunca”.”

La casa tenía dos habitaciones y la cocina comedor por donde escapó Camila.

“Sale corriendo, abre la puerta de salida y se dirige a la casa de su abuela materna, donde le abre la puerta su hermana Marianela de 15 años, y después su tía Mirna, y primero se fue Marianela y después su tía, quedándose la dicente con su prima.”

Seis días después la volvieron a indagar en el juzgado de Río Viejo, esa vez acompañada por su abuela Vilma.

“PREGUNTADO si unos días antes al hecho notó a su mamá nerviosa. Dijo que unos días antes, sin recordar cuándo exactamente, su madre estaba sentada y la dicente estaba de un lado y su hermano Julio del otro y abrazándolos bien fuerte su mamá dice: “ojalá que venga la abuela, ojalá que venga la Mirni”. Que entonces su mamá la mandó a sacar la basura y luego le pidió a ella y a Julio que fueran a buscar a su abuela, por lo que salieron y fueron hasta la casa donde trabaja su abuela y quien los atendió le dijo que ya se había ido con su prima Sofía, por lo que regresaron con su hermano a su casa y encontraron que estaba allí también su abuela y su prima Sofía”.

Más adelante le preguntaron:

“Si su mamá reaccionaba cuando se portaban mal. Dijo que a veces cuando hacían mucho lío sí los retaba, pero que si no era buena y en algunas oportunidades jugaba con ellos. Preguntada si cuando vio a su hermano en la cama de debajo de donde ella estaba durmiendo ya era de día o todavía estaba oscuro, dijo que era como que estaba empezando a salir el sol. Preguntado a qué hora se acostaron la noche anterior a los hechos, dijo que se acostaron tarde, y que estuvieron mirando televisión en el dormitorio de su mamá donde estaba la cama grande. Que estaban todos en la cama grande de su mamá mirando televisión en un canal de dibujitos. Que se hizo tarde y que luego la dicente se fue sola a su dormitorio y se acostó en la cama cucheta de arriba. Que luego como su mamá estaba incomoda llevó a Julio y a Jacinto a la cama cucheta de abajo y a Alberto lo acostó en la otra cama que hay en la habitación en la

que dormían ella y sus hermanitos, pero ella ya estaba dormida, los vio cuando se despertó porque tuvo la sensación de que se iba a caer, que luego siguió durmiendo. Que en la cama de su mamá quedaron Carlos y Ariel. Que cuando se volvió a despertar era temprano pero ya era de día. En ese momento sus hermanos Julio, Jacinto y Alberto no estaban en sus camas."

En esta nueva declaración, Camila no solo agregó sino también modificó lo que había contado la semana anterior.

"Refiere que a la mañana cuando se despertó y no vio a sus hermanos en las otras camas de la habitación donde estaba, fue a la pieza de su mamá para ver si estaban allí y los encontró a todos acostados en la cama grande, boca abajo como ya lo mencionó en su declaración ante la prevención policial. Su mamá estaba en el baño. Que trató de despertar a su hermano Julio y como no pudo volvió a su habitación y luego vino su madre a quien la dicente le preguntó por qué Julio no despertaba, y entonces su madre le dijo, "porque se fue", allí la dicente entendió que estaba muerto porque pensó "se fue al cielo". Que le preguntó asombrada quién había hecho eso, a lo que su madre le respondió que ella porque estaba mal de la cabeza, que no andaba muy bien. Que luego su madre le preparó la leche y luego Camila tendió las tres camas de su habitación."

Capítulo 44

Marianela[GG1] [DS2] .

Como a Camila, a Marianela le tomaron declaración en la comisaría el mismo día de las muertes, por la tarde. Además de las hijas, declararon ese día las dos mujeres policías que custodiaron a Mariana en el servicio de Salud mental, cuando certificaron el estado "normal".

A Marianela Lorena Gineme, a los quince años, le explicaron en la comisaría las penas impuestas en caso de falso testimonio. Eran las ocho de la noche, hacía menos de diez horas que había visto a sus cinco

hermanos muertos, y le informaron: "Que va a declarar en causa inicialmente caratulada "Gineme, Mariana Elena sobre homicidio calificado en primer grado, quíntuple, en la que resulta detenida la ciudadana mencionada precedentemente y víctimas fatales quienes en vida fueran los menores: Julio; Alberto; Jacinto; Carlos y Ariel Gavino, de 8; 5; 4; 2 años de edad y 1 mes y diez días de vida, respectivamente; para que diga si las conoce y si para con las mismas le comprenden las generales de la ley, previamente explicadas". Se le explicaron las generales de la ley, pero los oficiales olvidaron la Protección a la víctima que, en el caso de ser menor, requiere para tomar la declaración lugar adecuado, personal idóneo y cuidado en la duración de las entrevistas.

Marianela declaró que:

"Siendo aproximadamente las diez de la mañana se encontraba en la casa de sus abuelos, momentos en que llegó su hermana Camila, la que estaba llorando y nerviosa, diciéndole que había venido porque no sabía qué le pasaba a su mamá, porque quería hacerlos dormir a todos. Asimismo, hizo dormir a sus hermanitos, y que les ataba las manos, y que "ella" se acostó y su mamá se acostó arriba de ella. Que la dicente le dijo a su hermana que cómo podía su mamá hacer eso, que estaba loca; por lo que la declarante se cambió, se lavó la cara, se peinó y le avisó a su tía Mirna Fabiana Gineme, que le dijo a la dicente que no fuera con la nena, que fuera sola. Que la declarante se fue a la casa de su madre…"

Podemos reconstruir aquel momento: Marianela corriendo las pocas cuadras que la separaban de la casa de su madre imaginaba "que su mamá mataba a su hermanito de un mes a puñaladas", que empezó a rezar hasta la casa de su mamá. Que antes de entrar a la vivienda se hizo la señal de la cruz y que cuando entró en el comedor no había nadie, que el piso estaba limpio, y el resto de la casa también."

Marianela gritó:

–¿Dónde estás? ¿Dónde estás? –escuchó ruidos en la cocina donde encontró a su madre y le preguntó–: ¿Qué le hiciste a los chicos, vos sos loca o que tenés en la cabeza? ¿Cómo le vas a hacer eso a los chicos? –la insultó. Todavía no había visto a sus hermanos.

"La declarante le preguntó dónde estaban los nenes, no obteniendo respuesta de su madre en ningún momento, quien solo caminaba hacia la puerta de la pieza de sus hermanos, donde se quedó parada mirando a la declarante. Que al intentar entrar a la pieza de sus hermanos, la madre la agarró de la muñeca derecha, y quiso llevarla a su pieza, que la

declarante forcejeó.”

–Soltáme. ¿Qué te pasa ahora?

“Logrando entrar a la pieza de sus hermanos prendió la luz, y vio que sus hermanos no estaban y que estaba todo limpito.”

—¿Dónde están?

“Viendo que su madre estaba parada en la puerta de su pieza, le dijo que se corriera, y la declarante entró a la pieza. Vio a sus hermanos acostados, boca abajo; para el lado de los pies estaban su hermano Jacinto y su hermano Alberto, del lado de la cabecera estaban Carlos, Ariel y Julio. Que entonces la miró y le dijo:

–Ah... –se calmó– están durmiendo ahora –destapó a Carlos–. Más vale que no les hayas hecho nada.

“Entonces agarró a su hermano Carlos de la cintura, tenía una remera blanca, lo dio vuelta, su hermano tenía la lengua afuera, los labios violeta, al verlo así se asustó, lo soltó, y le gritó a su madre:

–¡Los matastes! ¡Yegua! –salió corriendo, gritando y llorando–. ¡Mi mamá mató a mis hermanos! ¡Mi mamá mató a mis hermanos!

“Llegó a la casa de la doctora Bohne, donde trabajába su abuela Vilma, que estaba regando, y le dijo que su mamá había matado a sus hermanos; por lo que su abuela salió corriendo, llorando, yendo la declarante detrás de ella, que su abuela se adelantó y llegó antes que la declarante a casa de su mamá”.

Cuando llegó a la casa, su abuela llorando le dijo:

–¡Ay no! Mariné, andá a llamar a la policía, andá a la casa de Stábile y decile a la señora de Stábile que llame a la policía.

"Fue a la casa de Stábile, y gritando y llorando le pidió a la señora que llame a la policía, que la dicha señora le preguntó porqué, respondiéndole: "Señora, ¿no se da cuenta? ¡Mi mamá mató a mis hermanos!", respondiéndole "¿qué número es la policía?, la declarante le dijo 101, y en eso se acordó de su abuela que estaba en la casa de su mamá. Que volvió corriendo de lo de Stábile a la casa de su mamá, y cuando llegó vio a su abuela que estaba afuera, quien le pidió nuevamente que llamara a la policía."

Marianela volvió a hacer el recorrido previo y pidió de nuevo que llamaran a la policía. Cuando volvió a casa de su madre

"se dio vuelta y vio que venía un policía en moto, le dijo:

–¿Cómo venís en moto? ¿No ves que mi mamá mató a mis cinco hermanos? ¿Cómo los vas a llevar?"

"Que en esos momentos el policía agarró la radio y llamó "móvil, móvil" y en eso llegó la camioneta de la policía. La declarante quedó mirando a los de la camioneta, les dijo que se apuraran, se bajaron y entraron a la casa, quedándose la declarante afuera, y en eso les pidió que se llevaran a su mamá. Entonces la declarante desesperada volvió a lo de Stábile, y después cuando volvió vio a un policía que estaba fumando. No podía creer que estuviera ahí fumando cuando su mamá había matado a sus hermanos. Volvió a pedir gritando y llorando que se llevaran a su mamá, y todos la miraban, le pidió a su abuela que se fueran. Que uno de los policías le dijo a su abuela, "sí, señora, vaya", que ellos se encargaban, pero su abuela no se quiso ir. Que la dicente le repitió que se fueran, pero su abuela no quería, que en eso su abuela le pidió que fuera a la casa de la doctora Bohne porque las nenas estaban solas".

A la semana siguiente, en el juzgado y al igual que su hermana, Marianela volvió a declarar. El Juez le preguntó si visitaba habitualmente a su madre. Marianela respondió que sí, que solía ir a dormir a la casa de ella desde el martes hasta el sábado, cuando tenía taller en la escuela. Que también su abuela pasaba todos los días al mediodía cuando salía del trabajo, luego a la tarde y después a la noche. También dijo que su mamá estaba mal desde la semana anterior, que no hablaba, no comía, ni dormía y sólo contestaba por sí o por no. Allí advirtió un gran cambio en

su madre, una actitud de mayor sensibilidad, abrazaba a sus hermanos y les decía que los quería mucho.

Marianela recordó que una madrugada se despertó y la encontró con el bebé en la cocina, le dijo:

–¿Qué hacés levantada a esta hora?

–No puedo dormir –le contestó su madre, y mirando al bebé le dijo–: ¿Viste qué lindo es el Ari? Es hermoso –y agregó–: Estoy preocupada… muy preocupada, Gavino me va a sacar la casa. ¿Dónde vamos a vivir? ¿Cómo voy a hacer para mantener a los chicos? Yo vi un papel donde estaba el nombre de Gavino como dueño de la casa, tengo mucho miedo, hija, me voy a quedar sin donde vivir."

Le preguntaron a Marianela cómo era el trato con su madre y de ésta con sus hermanos:

"Era muy permisiva con sus hermanos, no tanto con ella por ser la primera hija, pero siempre los trató a todos muy bien, era muy buena y los atendía siempre, haciéndoles la leche, bañándolos, siempre los atendía con mucha dedicación. El año pasado, cuando su madre estaba en tratamiento psicológico, le escribió una carta a ella y se la dejó en la carpeta de dibujo. Carta que encontró y que aún posee, en esa carta le pidió que si a ella le pasaba algo cuidara de sus hermanos."

El día anterior a que Marianela encontrara la carta, llegó su mamá a la casa de su abuela a las cinco de la mañana.

"Le dijo a su abuela que Mario estaba sentado en la mesa con un cuchillo en la mano y la miraba y se reía. Su mamá, contó Marianela, dijo que Mario decía que su hermanito iba a ser granjero y que su mamá relacionaba eso, no sabe de qué modo, con ideas de asesinatos. A Marianela le había parecido inexplicable, ya que no entendía qué tenía que ver lo de granjero con asesinato, y a su vez todo eso relacionado con las ideas de su madre que motivaron el regreso de San Antonio Oeste, ya que ella dijo que allá la querían matar. Cree que esto ocurrió el año pasado, ya que cursaba el segundo año del colegio."

Sobre el tratamiento psicológico de su madre, dijo Marianela:

"que durante el tratamiento que recibió el año pasado, también tomaba una pastilla rosa que le hacía doler la cabeza, entonces se la cambiaron por una celeste. Que mientras estuvo el psicólogo Alejandro asistía a

entrevistas con éste en el hospital adonde la dicente la acompañaba, que luego que Alejandro se fue dejó de ir al Hospital, pero iban unas chicas a su casa, y luego el doctor Reales le dijo que no era necesario que continuara tomando la medicación.

Le preguntaron si cuando llegó a la casa de su madre el día de los hechos su madre le dijo algo, dijo que no, que en ningún momento le dijo nada, sólo la miraba. Ella la miraba a los ojos para ver si había llorado pero no tenía los ojos como de haber llorado, pero en ningún momento le dijo nada. Que la dicente le decía que qué había hecho con los chicos, a lo cual su madre no le contestó nada y se mantuvo siempre callada."

"Preguntado si la dicente estuvo en San Antonio Oeste antes que vinieran, dijo que sí, que estuvo allá, que la veía bien, sólo que su madre le pedía que hablara despacio porque decía que todos los vecinos escuchaban. Que cuando regresó a Río Viejo le dijo que todos sabían de ella porque la escuchaban, y que ella había salido por Internet, porque cuando vivía en San Antonio Oeste había cámaras que la observaban. Que cuando llegó de San Antonio Oeste dijo que el taxista le dijo, "de lo que se salvaron ustedes", haciendo referencia a que el taxista sabía de la situación que ella vivía en San Antonio Oeste, en cuanto a que la querían matar. También le decía a la dicente que cuando pasaba el pescador por la calle anunciando la venta del pescado por parlante, al decir "pescado de San Antonio" se dirigía a ella. Mencionó también que cuando su mamá escuchaba, por la radio, la canción "Cara de Luna" que habla de las olas y el mar, decía que eso se refería a San Antonio y que era un mensaje para ella."

En otra parte de la declaración le preguntaron por la relación de su madre con Mario:

"Dijo que en San Antonio Oeste, en oportunidad de estar la dicente allá veía que discutían mucho porque su madre le decía que no trabajaba, pero Mario era un laburante, había trabajado como recolector de residuos en la playa y siempre trataba de trabajar. Que ninguno de los dos, ni su madre ni Mario, le decían nada a los chicos aun cuando les pasaban por arriba de la cabeza, incluso esa actitud le molestaba a la dicente porque impedía que pudiera hablar con su madre. Agregó que Mario es muy callado, de reírse poco y no supo de ninguna situación de agresión física de Mario hacia su madre."

"Preguntado si durante el tratamiento que recibió su madre el año pasado notó que mejorara, dijo que sí, que volvió a ser normal. Que el tratamiento fue dispuesto que terminara por el doctor Reales, pero

mientras estuvo indicado su madre lo cumplió.”

“Preguntado si puede dar más precisiones en relación a la conducta de su mamá en la semana anterior al hecho, dijo que, por ejemplo, solía ver el programa de Videomatch por televisión y habitualmente se reía al verlo, pero que en la misma situación en esos días, al ver el mismo programa no se reía para nada. preguntado si ante esa actitud la dicente le preguntó a su madre que le pasaba, dijo que sí, y que su madre le decía que estaba preocupada porque no sabía cómo le iba a pagar el alquiler a Huebra, que era el propietario de la casa donde vivían, y también que Mario se iba a ir con otra mujer.”

Sobre el abandono que temía su madre, Marianela, en la primera declaración en la comisaría, cuando le dijeron: “Si desea agregar, quitar y/o enmendar algo más a esta declaración, contestó que sí, que desea aclarar que su mamá tenía la idea de que Mario la iba a dejar sin casa, en la calle, y que se iba a ir con otra mujer, la madre de una tal Lucrecia Lentini, que vive en Barrio Maldonado, asimismo que no sabía cómo iba a hacer para mantener a los chicos, pensando siempre que Mario la iba a abandonar.”

Las declaraciones de Camila y Marianela llegaron desde Río Viejo el día que comenzamos las entrevistas con Mariana y sus padres. Como perito psicólogo de la defensa comprobé, durante las primeras horas de las pericias en Fiske Menuco, que existían pruebas suficientes para fundamentar, sin lugar a duda, que Mariana no pudo tener conciencia de la criminalidad del acto, ni pudo dirigir sus acciones la madrugada en que mató a sus hijos. También probaban, estas testimoniales y la información recolectada que, una vez más, eran crímenes de un Estado impune.

Parte IV

Epílogo y final

Capítulo 45

Dejar morir

Mariana Gineme estuvo internada once años en uno de los manicomios que la ley provincial había prohibido en 1991. Aunque en el proceso la declararon inimputable fue recluida desde 2003 hasta 2014 en un neuropsiquiátrico privado de Fiske Menuco.

Pese a que el juicio concluyó que no había tenido responsabilidad sobre su comportamiento y no había sido culpable, no se logró establecer porqué murieron los cinco niños. La culpabilidad de las muertes resultó inevitable

para Mariana.

Un efecto de la banalidad del bien de la ley rionegrina fue que las víctimas terminaban creyendo que eran culpables de sus padecimientos y de las tragedias causadas por la política de abandono en salud mental. Todos estos sufrimientos fueron provocados por las buenas intenciones de una ley en nuestro tiempo, donde el biopoder ordena hacer vivir o dejar morir.

Un año después del juicio, Mariana pudo acceder a salidas con sus familiares. Acompañada por sus padres e hijas nos reunimos en mi consultorio. Sentadas en el diván, muy juntas, estaban Camila, que entonces tenía 10 años, y Marianela, de 16, con Mariana en el medio de ambas. Vilma y Juan se ubicaron en los sillones individuales y yo saqué la silla de atrás del escritorio y cerré el círculo.

Los padres se quejaron porque veían a su hija medicada en exceso. Mariana, que había perdido bastante peso y se veía demacrada, estuvo casi toda la hora en silencio. Aferrada a las manos de sus hijas, paseaba la mirada por las paredes de mi consultorio con parpadeos lentos y moviendo la boca como si tragara cada tanto.

Marianela dijo que podrían visitarla los domingos y que vendrían desde Río Viejo para salir a pasear. Camila, en un momento, apoyó la cabeza sobre el hombro de su madre. Fue hacia el final del encuentro cuando, mientras hablábamos del buen tiempo para salir a caminar, escuché que Mariana dijo:

—Tendría que haber gritado o haber roto algo en el hospital —una frase rápida que todos escuchamos con claridad.

Vilma, avergonzada, se puso de pie y volvió a agradecerme que los hubiera recibido.

—Mariana, ¿querés decir algo más? —pregunté.

Fue una pregunta sin sentido, la mujer había dicho todo lo que había querido decir. Más tarde pude entenderlo. Mariana creía que si hubiera actuado en Salud mental del hospital el papel de las locas peligrosas, las que hacen escándalos y rompen con violencia, las que no saben decir ni callar, las que se revuelcan y babean, las enfermas que deben ser atiborradas de neurolépticos y atadas de manos y pies a los barrales de la cama, las locas incurables, las desesperadas, las inadaptadas, tal vez la hubieran atendido.

Pasaron casi dos décadas de la tragedia y no dudo en creer que lo sucedido en el hospital de Río Viejo no fue un accidente. Que no la atendieran aquella mañana fue similar a cuando no quisieron darle un

turno para que iniciara tratamiento, o cuando la atendieron sólo dos meses y luego le retiraron la medicación. Todo fue parte del biopoder que deja morir, como en tantas locuras trágicas de nuestra región.

Capítulo 46

Con los dientes apretados

Jueves 20 de noviembre de 2003

Armar un porro mientras manejaba por la ruta angosta era uno de mis talentos secretos. Incluso, espolvorear una capa de merca encima, lo que se dice un nevado. Lo prendí y luego de exhalar el humo terminé con la petaca de gin. Llegando a Allen, la estación de hidrofractura era una plataforma interestelar entre las chacras. Tras el biombo verde de álamos criollos, se levantaban dos torres, de más de cincuenta metros, a ambos lados de la Ruta Nacional 22. Contra el cielo, las estructuras de metal estaban iluminadas con reflectores blancos. Bajé la ventanilla y el ruido del acero girando era tan afilado como su labor: perforar tres mil metros bajo la tierra para inyectar treinta y cinco millones de litros de agua mezclados con centenares de químicos. Un poco más allá la chimenea de venteo, tan alta como las torres, lanzaba llamaradas rojas y naranjas que

terminaban en trenzas de humo negro. En el aire de la primavera sobresalían los aromas dulces de acetona y benceno. Las manzanas de las chacras cercanas decían los lugareños, eran como estrellas en la noche, fosforescentes.

Podríamos haberlo previsto, este territorio se llamó Comahue, que en Mapudungun significa: lugar de riqueza, y también, lugar donde el agua hizo daño.

Segundos después, en dirección a Neuquén y a ciento cuarenta kilómetros por hora entré en la que llaman: la curva de la muerte, y fue lo que no pude prever.

Con una profunda seca aceleré para pasar a un Peugeot azul metálico en el comienzo de la curva. El conductor, cuando quedó a mí derecha reaccionó acelerando a su vez para que volviera al carril. Me obligaba así a desacelerar y a alinearme detrás. No lo pensé, pisé a fondo, zumbaba en el aire. Un camión con acoplado apareció de frente en el punto más externo de la curva, a menos de trescientos metros. Y yo, una vez más, a contramano.

Ya había sido derrotado por la mañana, en la sala del juzgado, frente a los peritos, no iba a suceder dos veces en un mismo día. Aún no sabía aprender de las derrotas y estaba por encontrar una del tamaño de esa ignorancia.

La cocaína, mezclada con la marihuana, me ponía en un viaje en donde todo pasaba lento y veloz al mismo tiempo. Las lenguas de fuego en el cielo, las torres iluminadas; el túnel de álamos. El coche cobalto acelerando y emparejado a mi diestra me dejaba en un instante fijo, vertiginoso y quieto.

Hay momentos en donde una escena fortuita pulsa toda la frustración acumulada. Todo el odio, la ira y el miedo se transforman en un coraje fisiológico, una carcajada desaprensiva con que enfrentar a la muerte.

Es asombrosa la precisión con que la memoria fija algunos fotogramas del trauma. Durante meses, en los sueños, se repitieron escenas hiperrealistas: estoy volando por encima de mi Renault Duster que a su vez vuela; el parabrisas estalla y un chorro de sangre, a la izquierda y a la altura de mi rostro, va expandiéndose en el aire como bajo el agua; flotando entre fragmentos de vidrio la hoja del expediente con las conclusiones de las autopsias de los niños señaladas en fucsia —las marcas en los cuerpos dan cuenta que se resistieron, salvo el bebé, y que lucharon contra los designios de su madre—, la cara, muy cerca, de alguien que me auxilia y yo diciéndole en un resuello, antes de

desmayarme: Ayudáme, no me dejés, o, dame agua.

Por no llevar puesto el cinturón de seguridad salvé la vida. La destrucción de la Duster fue total. No recuerdo cómo evité el choque frontal contra el camión, cuando toqué banquina salí despedido del vehículo y caí en una acequia con la pierna izquierda, tres costillas y la mandíbula quebradas.

Por la triple fractura de maxilar debí permanecer setenta días con las encías cocidas. El informe que presenté como perito de parte, en disidencia con el cuerpo médico forense, lo escribí con los dientes apretados. Las palabras que tipeé no pude leerlas en voz alta, sin despegar los labios resonaron solamente dentro de mi cabeza. Similar al efecto que tuvieron en la sentencia del juez que, al ver que mis argumentos no recibieron apoyo de ninguno de los peritos, desestimó el informe en que requería se siguiera investigando para responder porqué murieron los cinco niños.

Capítulo 47

Poder decir.

Ustedes que dan a luz en limpias
camas de maternidad y llaman
«benditos» a sus vientres preñados quieran
no condenar a los débiles perdidos
pues sus pecados fueron duros y su dolor fue grande.
Por eso, les ruego, se abstengan de juzgar
Pues toda criatura necesita ayuda de todas las demás.

Bertolt Brecht.

Poco después del amanecer, en uno de los primeros días de septiembre de 2019, decidí escribir esto que aquí termina. Habían pasado quince años y diez meses desde el juicio.

Después del accidente dejé el trabajo de perito judicial y las drogas duras. Luego del divorcio, logramos componer con las tres hijas y los dos hijos que tuve con Alicia unos vínculos inimaginables teniendo en cuenta el

padre a la deriva que había sido durante sus infancias.

Me asombró acompañar a adolescentes que no tuvieron ningún problema con los consumos de su generación. Salvo alguna borrachera o un mal viaje lisérgico, fue como si yo hubiera consumido toda la cocaína, el alcohol, el tabaco y los psicofármacos de los que mis hijas e hijos nunca abusaron.

Me dediqué al cultivo de cannabis y de una variedad de hongos psicodélicos. El consumo programado de micro dosis de THC vaporizado y de psilocibina remedió mi compulsión a las drogas y a esa mezcla de ansiedad y de tristeza que suele llamarse, vagamente, depresión. No volví a tomar un psicotrópico que no cultivara.

Cuando me contacté con Marianela, la hija mayor de Mariana, ella vivía con su madre y con Camila en Fiske Menuco. Las hijas, que tenían quince y nueve años cuando murieron sus hermanos, junto a Mariana, que había cambiado su nombre, eran en ese momento tres mujeres que convivían con las huellas de la tragedia. Como había dicho Marianela en uno de los primeros capítulos, debieron apoyarse entre ellas. El sistema judicial y la salud pública impusieron una indiferencia total sobre las víctimas, lo mismo los vecinos de Río Viejo.

Mario Gavino tuvo dos hijas con una nueva pareja. Marianela intentó contactarlo años después, pero él dejó en claro que no volvería a comunicarse con ella ni con Camila, la hija que había huido de la casa aquella madrugada. Gavino inició juicio contra el hospital por la muerte de sus cinco hijos. El tribunal provincial no dio lugar a la causa.

Juan Gineme falleció en 2018 sin entender porqué habían muerto sus nietos. Vilma Petra vive cerca de las dos hijas, el hijo y los nietos que quedaron en Río Viejo. Me comuniqué con ellos para pedirles permiso para escribir su historia.

La política de Salud mental en estos treinta años continuó siendo de eufemismos y buenas intenciones para la opinión pública, y de destinos infernales para las “personas con sufrimiento mental” y sus familiares. Con la diferencia de que se pasó de la judicialización al actuar policial, con el incremento de suicidados en las comisarías. Para la ciudadanía de Río Negro, anestesiada por las crueldades que cotidianamente informaban los medios en la sección policiales, estas tragedias rápidamente dejaron de concitar interés: si nunca interesaron los pobres por qué habrían de interesar si, además, están locos. Por otra parte, se empezó a hablar de desmanicomialización en Buenos Aires y ya nadie recordó lo sucedido en esta oscura provincia patagónica.

Recuerdo cuando decidí escribir todo esto.

Unos años después del juicio volví a formar pareja y tuve dos hijos. Una madrugada de invierno de 2019, Teo, nuestro hijo de 2 años, se despertó y vino hasta nuestro cuarto. Muy cerca de la cama dijo:

—Mami, quiero leche.

Luego de esas palabras, su mamá lo alzó y lo llevó en brazos hasta la cocina donde le preparó la leche, lo llevó de vuelta a su cama y, mientras tomaba la mamadera, el niño se volvió a dormir abrazado a su madre.

Antes de lograr el dominio de los esfínteres, con solo tres palabras, mi séptimo hijo consiguió lo que necesitaba y mucho más. Comprendí que en esa escena se reunía la ternura imprescindible para la vida. Esas primeras experiencias del lenguaje orientarán el posterior despliegue con las palabras. La mayor potencia en el decir hace cumbre en esos primeros encuentros donde es suficiente despertar pronunciando lo que queremos para terminar durmiendo en los brazos de quien amamos. Todo comienza con ese proverbial chamuyo.

Fui testigo de algo que, aunque repetido muchas veces, obró en mí un milagro. Cuando escuché a mi hijo, me senté en el borde de la cama e inmóvil, con los pies descalzos sobre el piso frío, en la oscuridad, registré cada sonido, sentí los movimientos y el dulce aroma de la crianza.

Aquella madrugada supe que si tenía la fortuna de vivir en este hogar, la tragedia que había terminado con la vida de los cinco niños debía ser contada, y que tenía que ser yo quien la escribiera.